

Amores Prohibidos en Kalkan

Miguel Alberto
Gonzalez Gonzalez

SH

Miguel Alberto González González

Amores prohibidos en Kalkan

Miguel Alberto González González

Amores prohibidos en Kalkan

Miguel Alberto González González, original 1998, reeditado con adecuaciones 2017. De la presente versión, con actualizaciones, 2018.
mgcaronte@me.com

Amores prohibidos en Kalkan / Miguel Alberto González González

ISBN: 978-958-06-1358-9

ISBN: 9781717750730

Portada, óleo sobre lienzo, (2015), título –A-mazon, obra de Miguel Alberto González González.
Ilustraciones interiores William Ospina

Bogotá: Oveja Negra. Primera Edición.
Washington: Amazon. Segunda Edición.
2017

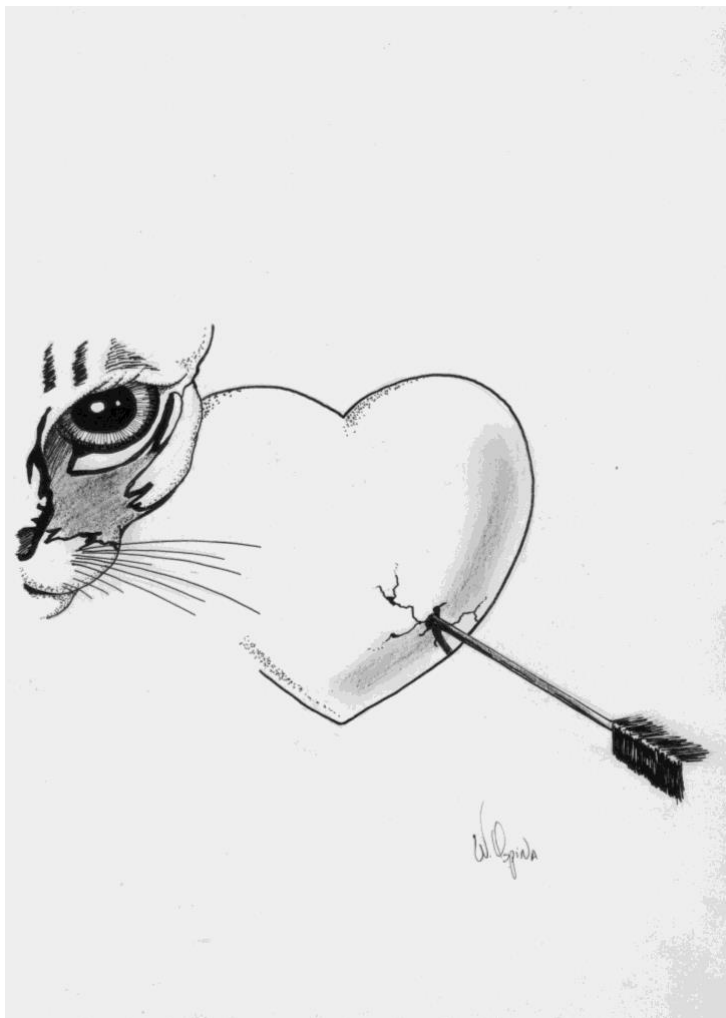
Dedicatoria

Al que se cree propietario y amo de
la tierra, loco de poder y lujuria de
creación: al ser humano.

A los indígenas del continente por
donarnos sus genes, su cultura.

Índice

Los amantes	13
El padre Tenorio	31
El dictador	39
El viajero.....	49
El psicólogo	63
Rayo.....	73
El cazador	81
El ciclista.....	93
Quichi	101
El maestro	111



Los amantes

De amor no saben porque el odio
y la envidia son su estado de
ánimo.

Desde la emociones, los futuros son unos mares de incertidumbres, desde las razones, los futuros son unos terrenos para colonizar, para controlar ¿A quien creerle? La siguiente historia se ubica entre el amor y la lujuria, aunque el amor es lujuria de sí mismo.

Por el amor se han pactado guerras, escrito libros, ingeniado poemas, elaborado canciones, diseñado pinturas, esculturas. Mucha tinta se ha regado en el universo en torno al lema de una religión: “Amaos los unos a los otros”. “Quítese esas cucarachas de la cabeza” aconsejan muchas madres kalkanesas a sus hijas cuando ellas les confiesan de sus amores nacientes, olvidando que el amor no nace, siempre ha estado en las líneas y pliegues del universo.

Cuando el padre Tenorio II escucha sobre aquellos amantes y el descaro de Pedro, decide perdonarlo, en ningún momento piensa en excomulgarlo como lo pretende la señora Carmen, otra de las santurronas de Kalkan; el sacerdote, para curarse en salud y no caer en lenguas de vecinos, le advierte a Pedro que debe sacarlos de la casa o del pueblo cuanto antes.

—Aprenda de los toreros que engañan sin mentir —le manifiesta Pedro.

—A veces, es mejor estar tranquilo que tener la razón —insiste el jerarca religioso.

—La gente no está con uno cuando lo quieren convencer sino cuando lo motivan —apunta Pedro.

—La moral es un encuentro dialéctico entre el yo y el otro —razona el Sacerdote.

—La moral es acción no reflexión, mis amantes son de una elevada moral; al cabo que en este país la mayoría viven de una curiosa moral, quieren prohibir el goce del cuerpo, aunque validan los escuadrones de la muerte.

—La moral, la verdad, la justicia, como la felicidad, mi querido Pedro, no tiene dueños —lo despide con un guiño.

En este poblado y especialmente en el sur, los comentarios de los vecindarios han sido contundentes, descalifican e incluso condenan al dueño de la casa por perversión y lujuria. El presidente de la junta de acción comunal no acepta los comportamientos de los enamorados, los difama y, de paso, insulta al propietario de la casa. Desde hace unas dos semanas recolecta firmas con el propósito de expulsar a Pedro Aruma del pueblo por “Desvergonzado e impúdico”, reza el memorial; también se sabe que el representante comunitario nunca acudió

a firmas para destituir a su hermano, el alcalde anterior, quien se robó hasta los huecos del pueblo.

Frente a tanta polémica el presidente comunitario decide hablar con Pedro para que saque a esos dos vulgares seres, convertidos en escándalo y enemigos de la sociedad. Esa noche Pedro recibe al líder, quien sin dilación alguna le explica.

—Don Pedro, yo como representante de la comunidad, del glorioso partido conservador colombiano y pastor de la iglesia vengo a decirle que a partir de hoy usted tendrá que sacar del pueblo a esos seres irrespetuosos e irreverentes que tienen escandalizada a la comunidad; no puede ser que mis hijos y mi santa señora estén hablando de esos dos amantes, que todas las noches deban soportar sus quejidos y rasguños de amor, por mi santo cielo —prosigue el representante—, eso no puede seguir sucediendo. Le advierto que el plazo es inmediato, usted debe desaparecer esos desvergonzados o nosotros adoptaremos medidas más drásticas.

Terminado el discurso y sin lograr despedirse recibe un empujón de Pedro, con tan mala suerte que se golpea contra un árbol, su dentadura postiza se parte en varias partes, al recogerla dos molares saltan a los pies de los amantes, ahí deja los dientes faltantes y sale apresurado para el centro del pueblo.

—Y tendrás que amenazar a tu miedo presidente hijo de puta, porque en mi casa aun mando yo, mientras en la tuya son los vecinos; en mi libertad seré quien decida lo que haga o no con los amantes; por el momento vete a dormir con tus vecinos,

dígales que te compren otros dientes y que también te arreglen la lengua para que sigas hablando mierda.

—Nos podemos convertir en lo que despreciamos —responde desde la esquina.

—Lo que se lleva el fuego se encuentra en las cenizas y lo que conserva el odio se traduce en las venganzas —aclara Pedro.

Promediando las nueve de la noche, como de costumbre, Pedro se dirige a la plaza, lugar de reunión con los amigos para jugar billar, pero vaya sorpresa, no los encuentra, el billar está cerrado y con un letrero “No hay servicio”; sin hacer mucho esfuerzo sospecha que todo es motivado por el percance con el presidente de la junta comunal que, seguro, ha contado con algunas exageraciones lo sucedido.

Confirma sus sospechas al encontrarse con un compañero de andanzas quien le asegura que el presidente luego de haber sido golpeado se dirigió al billar, reunió a los que allí estaban comentándoles que el desvergonzado Pedro lo había castigado, todo por sugerirle que sacara a esos escandalosos y vulgares del pueblo.

De pronto, continúa relatando el amigo, las personas se solidarizan y toman la determinación de hacer una reunión en un sitio secreto para decidir sobre el asunto y actuar en forma decidida; el rumor corre por todo el pueblo, unos se esconden y otros asisten a la convocatoria, concluye el informante a quien apodan El Zorro.

Pedro regresa a su casa reflexionando en todos los problemas soportados por unos lujuriosos amantes, cierto es, habla en voz alta.

—La gente prefiere la guerra a ver dos seres haciendo el amor al aire libre. Se hace más escándalo por un desnudo que por los muertos de hambre o por los asesinados por las agencias estatales. Los amantes son ruidosos, sus escándalos amorosos impresionan, ella por ejemplo se queja con una pasión contagiosa que pone los pelos de punta, sus gemidos sensibilizan al menos cariñoso de los seres, es tan ardiente que se perciben sus arañazos y él, en su delicia, disfruta el ritual como el mejor amante italiano, esto obliga a que los hombres lo detesten por su virilidad y las mujeres lo anhelan; ambos contagian, provocan en los vecinos pasión, envidia y rabia; de cualquier forma no pienso echarlos de mi casa, primero pasarán sobre mi mierda antes de que yo acepte tan ridícula exigencia.

El alcalde, el padre Tenorio, el juez y el comandante de policía celebran una reunión urgente con el fin de tratar el tema que se está tornando delicado por los últimos sucesos. El sacerdote aconseja que Pedro se confiese y entregue un diezmo donde se sumen los últimos cinco años dejados de tributar; el juez sugiere aplicar los códigos con alto rigor para evitar futuras repeticiones de estos hechos; el comandante de policía tranquiliza la reunión aduciendo que la situación no es para tanto, que es más importante cuidar la central eléctrica, prevenir el robo de gallinas, el hurto de bicicletas y los préstamos con tasas de usura que encarcelar a Pedro por permitir que los amantes hicieran rituales tántricos; el burgomaestre apoya al jefe policial, sólo pide que el

acusado sea obligado a cambiar de partido político. La reunión se da por terminada, con el desagrado del juez y la rabieta del sacerdote.

—Así no es posible hacer cumplir la ley divina si la terrenal se tuerce —protesta el cura.

—No siempre es adecuado ni inteligente usar el pesimismo como táctica —responde el juez.

—Tampoco el optimismo es estrategia para resolver los problemas. Los rebaños de ovejas no se conducen a sí mismos —replica el sacerdote

Entre tanto, Mainqué Aruma, el novelista, se aventura a escribir otro de sus soñados libros, basado en los amantes y en la vida de Pedro; su propósito más inmediato, dice a quienes lo escuchan, es obtener el Premio Nobel de Literatura, pues sus calenturas literarias no las ha perdido a pesar de la poca acogida de sus libros.

Una y otra vez, las noches transcurren en revuelta erótica similar a los últimos tres meses, los ajetreos amorosos y escándalos propios de esta pareja no se detienen, delirios de amor robados a un mundo guerrero y envidioso, un romance inusual, una vivencia lujuriosa del amor que no estipulan los manuales de notarios y sacristías, motivo suficiente para que el vecindario no soporte tanta falta de pudor; por estas demostraciones

amorosas, muchas mujeres recriminan a sus maridos por la poca poética y lúdica para la gesta nocturna.

—Estos hombres casados de Kalkan, espero que no suceda en el resto del mundo —indica una mujer—, sólo se preocupan por oír noticias, pensar en sexo, hablar de dinero, ver futbol, jugar billar, arriesgar en cartas, apostar a los caballos y estar pendientes de chismes, pero olvidan su mandato de ser amorosos y amantes antes que esposos aburridos.

—Bueno —responde una compañera—, no espere tanto de ellos.

—Hasta se percibe un penetrante olor a azufre en los alrededores de su casa; es que no entiendo como hace para soportar el ruido y escándalo de los amantes, parece que su conciencia no lo acusara, también es cierto que el diablo no tiene conciencia —denuncia Aleida que escucha con atención.

—Ni que decir de su aspecto —expone la profesora de moral—, hay que detallarlo para ver su cara desfigurada ante los amantes, su cuerpo está poseído por Dionisos, para nuestra infamia el sacerdote no sabe sacar espíritus malignos de las personas, señala que no lo aprendió en el seminario.

—Es horroroso mirarlo —insiste Carmen—, cuando lo veo me hago cruces y le enseño un Cristo de espaldas porque fácilmente se la puede llevar a una para hacer vulgaridades parecidas a la

de los amantes, pero eso sí mijito cuando me bendigo, el desvergonzado se va alejando; tiene sí el descaro de mirarme de reojo, quién sabe con qué intenciones; por eso hay que comulgar todos los días por si una es la escogida.

Pedro se levanta, se lava los dientes, se baña, se coloca el vestido más elegante que hace veinte años no usa, prepara una infusión de café y sale a recorrer el pueblo para enterarse de las últimas novedades y conversar con otros octogenarios. No tiene apuros económicos gracias a una pensión que le otorgó el presidente de la nación cinco años atrás, un jerarca liberal que visitaba los pueblos más alejados y en su itinerario incluyó a Kalkan, hizo unas concesiones a personas del pueblo y al enterarse de la difícil situación del viejo Pedro, decide pensionarlo por el hecho de ser miembro activo del prestigioso partido liberal colombiano. Pedro sabe que entre liberales y conservadores se han robado al país, que unos van a misa de cinco y los otros de siete mientras los restantes apuestan por una guerra sin cuartel. Un hombre plural que ha sido, no se encierra en su partidismo, pese a las objeciones contra los políticos, acepta la pensión, así como ahora acepta a los amantes.

El tendero lo llama para informarle que no hay más créditos y que le pagara de inmediato la deuda de los cigarrillos Piel Roja; sus compañeros de billar le hacen saber que no volverán a incluirlo en sus grupos hasta que adopte medidas para controlar los amantes que rompen de manera brusca, con el amor, la gran violencia del país.

Ya en casa, poseso de infinita ira grita:

—Se jodió ese güevón de la junta comunal y todo este pueblo de chismosos, con mis amigos lucharemos contra la hipocresía, veremos quién gana; no cederé, que hagan lo que quieran, pero no me voy de aquí, ni los dejo ir, mejor que se vayan todos estos cabrones derecho al cielo donde no hay sexo si es que mucho les perturban mis compañeros.

Estando en esos alaridos, escucha un toque seco en su portón y al acudir encuentra una orden de presentación ante el juez municipal; la citación es de inmediato cumplimiento.

Conociendo de los problemas con el pueblo, decide no salir y prepara la última comida del día para él y sus amigos que recién llegan, juntos comen, escuchan un poco la radio, no le encuentra ningún sentido novedoso a las noticias, lo mismo de lo mismo en el último siglo del país: robos, corrupción, grupos de limpieza social apoyados por empresarios y políticos, hospitales sin médicos, camas ni medicinas, cárceles sobrepobladas doctorando a sus gentes en la alta delincuencia, escuelas sin profesores suficientes ni libros actualizados, jueces recibiendo coimas y encarcelando a los de ruana, senadores repartiéndose los impuestos que van subiendo cuatrienio a cuatrienio y presidentes inventándose guerras en nombre de la paz para asegurar la continuidad de sus familias en los poderes.

Apaga el radio y, por primera vez, no les dirige la palabra a los amantes; con una sonrisa y un palmoteo en las espaldas los deja solos en la sala. Pasa al reposo, sediento de escuchar el jadeo amoroso de sus acompañantes de hogar que, hasta donde sabe,

no se parecen en nada a los dramas recién escuchados en las noticias de radio.

Al día siguiente se presenta ante el juez, quien por razones de su cargo lo recibe con amabilidad.

—Tome esa silla, siéntese y prepárese para responder por los siguientes cargos: lesiones personales, irrespeto a la autoridad, impudor manifiesto en importunar a sus vecinos al permitir que en su casa se protagonicen escándalos orgiásticos, hechos obscenos que hoy tienen una gran parte del pueblo convulsionado y al borde de hacer justicia por sus propias manos —concluye el juez.

Se toman los datos de rigor, el nombre, dirección de residencia, sobrenombre de los padres, identificación, filiación política, religión, grado de estudios, le insta a que indique sobre posibles enemigos, amigos cercanos, aficiones deportivas, cartas escritas a sus novias, deudas no pagadas, diezmos incumplidos y última confesión con el cura, no sea que se estuviese convirtiendo en budista o musulmán.

Tres horas dura el interrogatorio, en las cuales Pedro no niega los cargos, los confirma sin ningún temor a revanchas por parte de la justicia; según Pedro, la justicia colombiana no imparte justicia con los poderosos, aplica venganza con los desposeídos.

En la última parte de la diligencia, el juez por intermedio del secretario le pregunta:

—Diga señor Pedro si tiene algo más que corregir, enmendar o adicionar a la presente diligencia.

—No veo que volverme musulmán o budista sea perjudicial y que los hombres de este pueblo se preocupen más por el culo propio y el de sus mujeres que por el de mis amigos —
testimonia Pedro.

—Un poco vulgar señor, recuerda que el lenguaje es el espejo del cuerpo —le indica el juez

—Por lo visto ya aprendió de los políticos de este país que usan el lenguaje para enmascarar, que engañan y mienten en nombre de la democracia, claro, usted en nombre de la justicia.

—Le falta un poco de vergüenza, recuerde que no hay jerarquías en lo que ignoramos.

—Bah, —responde Pedro— lo grave no es que mientan, lo grave es que les crean.

El juez lo mira con vacilación y hasta sin rabia. Después de veinte minutos de receso el secretario, en nombre de la justicia, como si hiciese falta la aclaración, da a conocer la pena:

“Pagar los dientes del insigne presidente de la junta de acción comunal. Confesarse; pagar diezmos por cinco años atrasados; leer un manual de comportamiento ciudadano y traer resumen en veinte días; disculparse en la sagrada misa ante todo el púlpito

por su actitud despreciativa del buen recato y expulsar de su casa a esos escandalosos, impúdicos, desvergonzados y lujuriosos amantes.

Estipula los plazos de obligatorio cumplimiento así: para la primera actividad, un día, para el diezmo dos días, veinte para la lectura con resumen y, para la última, la más importante, tres días; ordenamientos que debe ejecutar dentro de los plazos previstos, de lo contrario será trasladado a la cárcel por incumplimiento a las órdenes judiciales”.

Luego de la sentencia sale Pedro para su casa con los ojos encharcados, no por costear los dientes al hablón del presidente; ni por pagar el diezmo porque es una alcaldada incumplible; ni leer libros sobre ética elaborados por europeos que ni saben donde queda Kalkan o tener que disculparse en público, sino porque debe desaparecer a sus amigos; nadie comprende que es lo único que lo motiva a seguir viviendo y luchando, ya que a sus 79 años nada más espera de la vida.

Esa misma noche y cuando los amantes inician el rito amoroso que tiene atormentadas a muchas personas; un desconocido e ingrato hace de las suyas, acaece lo inesperado esperable, no esperar indulgencias con padrenuestros ajenos, cuando ella inicia sus gritos de pasión y él empieza a perder el conocimiento de la emoción, se escucha un disparo que retumba en todo el pueblo; el bombazo le quita la vida a los amantes, el cartucho Nro.12 de una escopeta Winchester acaba con dos vidas apasionadas y llenas de amor, pero odiadas por el pueblo. Allí en el techo quedan muertos los dos gatos amantes para infortunio de Pedro y felicidad efímera de la comunidad.

El escritor, al enterarse del trágico final, decide archivar su libro para solidarizarse con el viejo, abandona el proyecto y la ilusión de recibir un Premio Nobel de Literatura.

—No es mi estilo obtener premios con el dolor ajeno ni enriquecerme con la tragedia humana como si lo hacen muchos periodistas y ciertos escritorzuelos —murmura Mainqué con cierta melancolía.

—Ese es el dilema, aprendimos a aceptar lo que no podemos cambiar —le aclara un amigo que lo escucha.

—Para qué mentirnos —explica una señora—, en Kalkan se inventan calmas que no tranquilizan a nadie.

Pedro realiza el entierro de sus amigos a la altura de unos seres queridos, ordena la elaboración de dos pequeñas cajas y con el epitafio en letras capitales **“SACRIFICADOS POR AMARNOS”**. Al entierro asiste solo porque, en Kalkan, aún no se aprueba un cementerio para animales, sólo tienen visto bueno los mataderos para pollos, vacas, cerdos, corderos, perros, gatos, caballos y burros.

Al día siguiente se respira un alivio en el pueblo, la felicidad retorna, el billar vuelve a funcionar, la algarabía y festejo de la comunidad son evidentes.

Nunca se da a la tarea de indagar por el asesino de sus compañeros a pesar de la insistencia de Mainqué. Prefiere ser noble y poético en la derrota.

La vida sabe bastante de contradicciones y el pueblo de Kalkan no puede estar ajeno a ello; así es que se empiezan a escuchar insultos contra el asesino, algunos dicen necesitar del ruido felino para entusiasmarse y muchas mujeres casadas se quejan que luego del crimen gatuno, sus esposos las buscan con menos frecuencia, además se han perdido sus pasiones y gritos lujuriosos.

Tanto se siente la ausencia de los felinos, que en una reunión celebrada donde participan sólo las mujeres, deciden comprar una pareja de gatos para devolverle la alegría al viejo de negro. En ceremonia especial se los entregan dizque para salvar la vida de Pedro, pero la verdad, como casi todas las verdades, es otra, encontrar algo que ellas necesitan, los alaridos de los amantes.

Siempre hay algo sutil, remoto y clandestino en el encuentro con el otro, con los otros; por ello, tres años después del regalo, las mujeres viven felices por su genialidad, retomaron a sus esposos y al compás de los gatos todos los pueblerinos hacen el amor como lo recomienda el Kama Sutra hindú.

Frente a esta manifestación, el padre Tenorio II decide irse del pueblo, pues sus santos ritos no soportan tanto abuso a la autoridad divina y como el diablo está poseyendo al pueblo, lo más justo es abandonarlo para no terminar en las garras del demonio, según escrito que deja. Enojado empaca sus cosas y sin decir un hasta luego desaparece de Kalkan.

Nadie se preocupa hacia donde parte el padrecito, excepto la santurrón de la Carmen que de cuando en cuando lo evoca;

lo cierto es que las campanas de la iglesia no suenan desde que el padre partió porque las gentes de sus rezos se olvidaron.

—Dios es el mejor personaje de ficción —revela Pedro en su naciente ateísmo a una vecina.

—Sin exagerar ni abusar de la suerte, porque una cosa es la diversión y otra la salvación —le responde ella antes de irse a dormir con su lujuria.

—A veces, hay palabras que sobran. Por favor, me disculpas, eres de mi estirpe, mujer creyente, pero gocetas —le puntualiza Pedro con una sonrisa.

Dicen en los pueblos vecinos, con acentuada envidia, noticia inquietante en un país de guerras que, todas las noches, la población de Kalkan parece un escondite de gatos haciendo el amor.



El padre Tenorio

Hay muchas gentes cargadas de odio, convencidas de que el mundo les debe algo.

De esta historia que se nos perdonen algún olvido, una exageración, dos histerias, tres a cuatro lujurias y varios odios, pero jamás que se nos desmienta.

<<El día comienza y el sol extiende sus brazos tratando de cubrir la tierra de Kalkan para darle la claridad que ésta y sus gentes no poseen, sol y tierra no saben de esta lectura que los seres humanos hacen de sus ciclos. Pronto un nubarrón se apodera de la región y aparece un poco lóbrega como queriendo dar a entender que ya nada se puede hacer debido a que el destino lo tiene escrito —el destino no está escrito, dicen muchos ácratas, pero Alá que de todo sabe y en nada se compromete de ello no duda—, lo extraño es que por más explicaciones que se le busque a esta historia, ese iba a ser el final del padre Tenorio “Dios, sabio que es, sabrá por qué escribe estos destinos torcidos, del diablo y sus picardías aquí no hablaremos”.

Sunu se levanta de mal humor, no es al único que eso le sucede en Kalkan, es un día para estar de mal genio, con una suerte de ira bíblica, se baña, se viste y sale sin desayunar. Desde el portón, su esposa le pregunta, ¿hacia dónde vas? Él

responde con un tono displicente, busco el mal que me hace mal y una la ira que cure mi rabia.

Sunu es un hombre de treinta años bien vividos, de bigote, cabellos negros, alto como los de su familia, de textura gruesa, tez blanca y un lunar en la mejilla derecha. Las mujeres libertarias lo persiguen, exponen los lengua suelta, por su artesanal herramienta fálica, la cual ha ganado prestigio entre los habitantes de Kalkan, según rumores, muchas mujeres y aquellos hombres que gustan de los hombres se mueren por conocerla; su padre, acorde a fuentes de pasillo más avejentadas, fue premiado con iguales atributos; hijo y padre son el delirio de la región y, a Dios lo que es de dios, y a las monjas y monjes lo que es de sus gustos.

Sari, su esposa, una mujer de 25 años, se preocupa —no porque esto sea estrategia del narrador sino porque es cierto—, en nueve meses de matrimonio Sunu Aruma nunca ha salido tan apresurado y sin darle el aromado beso de despedida.

A las ocho de la noche, alguien toca a la puerta de Sari, abre y de inmediato le informan que Sunu ha sido asesinado a cuchilladas, le acomodaron tres puñaladas a la altura del corazón, estilo muy propio de la región que varios académicos ya quieren patentar en las altas ciencias del asesinar. Cuando lo encontramos no había signos de vida, le explica el emisario. Sari no resiste más y tal cual como está se derrumba sobre la tierra.

Amaru, un joven de veinticinco años, de mediana estatura, llamado el *loco*, de cabellos negros, cejas pobladas, barba mal arreglada, ojos grandes y de un apetito sexual descomunal, al verla en el suelo la desviste, y como una fiera se abalanza sobre ella; concluido el acto, se incorpora y al dar media vuelta cae doblado; otro asesino de asesinos le asesina. De los asesinos y sus conductas criminales aquí no hablamos, este no es el momento para estiramientos éticos.

Al siguiente día son encontrados por los vecinos del lugar Sari y el violador, sin necesidad de extensos estudios ni investigaciones exhaustivas de organismos secretos nacionales e internacionales de ¿seguridad?, concluyen que el violador ha muerto en la paz del señor y al regazo de la mujer.

Sari es llevada al hospital, allí continúa con altas fiebres y cuando quieren remitirla a la ciudad principal para una atención más especializada, ya es tarde, todo nos llega tarde indica el poeta. Se sabe que entre hospital, funeraria y cementerio es cuestión de tiempo, línea inquebrantable desde la creación, es el paso acordado en la alta medicina y en la mesurada religión; no es que un muerto se alivie por llevarlo mucho al médico ni un enfermo deje de morirse porque rece como alma sin oficio.

Tres cadáveres van al cementerio, lugar donde se llega con ayuda de otros y se pierde todo, ángeles y demonios sirven de poco, hasta la dignidad deja de tener sentido.

Al entierro asisten quince personas bien contadas y recontadas, incluso tienen que parar en la marcha para descansar, porque el muerto se hace más pesado cuando más poca gente lo carga.

La razón del abandono es sencilla: Amaru asesina a Sunu y viola a Sari quien luego muere. El culpable de la soledad en el entierro es el padre Tenorio, un hombre maduro, alto, bien dispuesto y quien se viene desempeñado como párroco de Kalkan desde hace 33 años, ordenado en el seminario fundado por Hasen Aruma, un verdadero amansador de almas y disfrutador de cuerpos jóvenes.

Él admite que a Amaru lo entierren junto a sus víctimas, situación que nadie le perdona, lanzándole cualquier cantidad de amenazas por no estar correspondiendo a los designios del creador y a las disposiciones del Santo Oficio de enterrar muertos >>.

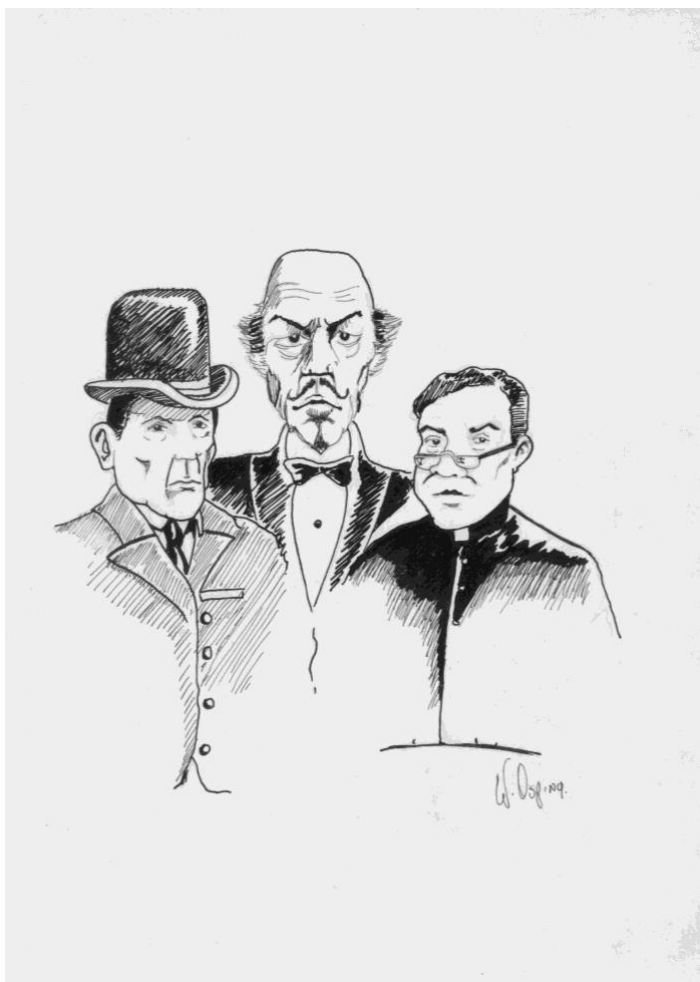
Estos escritos le son hallados a la hermana Sor Juana, madre de Sunu y Amaru, ellos no sabían de su hermandad. En la última página aparece la siguiente nota: Solemos alimentarnos de las ruinas de anteriores ideas, de ahí que nuestras ideas de salvación son una sucesión de errores.

Sor sostuvo amoríos con el padre Tenorio Aruma, mientras éste se encontraba en el seminario la monja lo visitaba, no le importaba si fuera en cama o de pie tras el confesionario, aventuras amorosas que no fueron impertinencias sino absoluciones, porque para Sor, seguidora de la justicia poética, la verdad y la mentira están hechas del mismo material. Y mentir es viajar de otra manera.

Tres días después de conocer la verdad, el pueblo reacciona con brutalidad y mata al padre Tenorio, prefieren la sangre que la felicidad. Las gentes desquiciadas ejercen su profunda

infelicidad, no saben de amores sino de venganzas, de perdones sino de odios. Olvidan que matar es la peor forma de ejercer justicia, es en sí: injusticia posmetafísica.

De las muchas exclamaciones, una bastante curiosa se registra en este relato, la emitida por una poeta, mientras abraza un árbol, Hay muchas gentes cargadas de odio sedientas de venganza ¿Qué vida es esa? ¡Ay del padre Tenorio y que se joda el diablo: su cuerpo no subirá al cielo porque es de la tierra, sus ideas no desaparecerán del mundo porque son de los hombres y su alma no bajará a los infiernos porque es de Dios y de quienes sabemos poetizar la vida!



El dictador

No hay manera de uno librarse de las palabras o de los escritos. Los recuerdos son apalabrados.

Hay gentes señaladas, destinadas, o que así lo creen, para ellos la sorpresa no es una opción, sus vidas son un juego de cartas marcadas. Dios debe saber bastante del tema cuando decide sacrificar niños, ancianos e inocentes en el Diluvio Universal o cuando se ahorca al pobre diablo rezandero del Judas. También se sabe que en la torpeza hay cierto carácter involuntario.

Desde que nacen están predestinados a ser guiados por un dictador, un hombre aventajado en dinero y un obstinado en hacer cumplir los flecos de sus palabras. Kin tiene aspecto de miliciano ruso, de combatiente nórdico o guerrero de los mil días, de esos que ya no existen; lleva la convicción, una marca de época, de convertir a sus hijos en personas destacadas y admiradas.

Cuando cumplen cinco años les hacen una fiesta conforme a la tradición, las costumbres de la localidad se respetan y no se discuten, al fin de cuentas, es en mandato de la alcaldía. —A los hijos varones se les celebra el cumpleaños número seis, a las mujeres sus 13, festejos a llevarse en presencia de familiares, amigos y autoridades locales. Comuníquese y festéjese—. Indica el extraño artículo de la constitución local. Ahora, tratándose de la familia Aruma, esta disposición sí que es una obligación.

A la celebración asisten desde lustrabotas, soba sacos, tinterillos, monaguillos y pintores de brocha gorda hasta las más exóticas personalidades del pueblo de Kalkan, muy pocos quieren perderse el festejo, licor y comida gratis, gustos que no se ofertan todos los días. De alguna manera, también hay cierto morbo por ver los gemelos bien vestidos, bañados y peinados, así como por conocer la decisión de la familia con respecto a la educación de los infantes; en estos niños se tienen muchas esperanzas de algo grande para la humanidad, como si la humanidad requiriese de nuevos mesías.

Son las dos de la madrugada, los fiesteros llevan entre pecho y espalda varias cajas de aguardiente, tres barriles de chicha, trece botellones de chirrinche, dos cerdos y un novillo gordo; algunas pertenencias metidas a hurtadillas en sus bolsillos y quince conejos desaparecidos; los más avezados han hecho de la erótica un espacio para las infidelidades, para ello han aprovechado las habitaciones abandonadas o pesebreras. A esas horas los niños duermen sin saber sobre sus cartas marcadas. Sin que todo eso le importe, se alza Kin sobre los hombros de dos ayudantes para con su voz ronca y entrecortada disponer:

—Quiero satisfacer la curiosidad de ustedes mis dilectos amigos —expresión que no viene al caso porque dos de sus contradictores están merodeando sin haber sido invitados, así son las fiestas “tienen más patos que un lago”. Volviendo al dictador, éste continúa. —Bachi Aruma será un gran político y ningún cabrón de este pueblo lo olvidará; por su parte, Hasen

ha de ser sacerdote para reemplazar el padre Marcos quien está algo anciano y, lo sabemos, la iglesia necesita sangre joven para dedicarse a reconquistar las almas perdidas en esta región de pecadores.

Acto seguido desciende victorioso, toma asiento para continuar bebiendo aguardiente y chicha con los amigos de mesa, como si hubiese pronunciado un discurso cualquiera. Esas palabras producen sorpresa entre los asistentes que jamás imaginan el alcance de las mismas.

—Ese Kin está borracho y no sabe lo que dice, mañana cuando despierte se avergonzará de haber pronunciado tantas bestialidades juntas. Sólo Dios sabe el futuro, cómo no, a los hombres si mucho nos corresponde cumplirlo. Este gruñón es una bestia —replica en voz baja Maxa, uno de los riquillos del pueblo, si es que riqueza es una expresión que aplique a tal lugar.

Las risas van y vienen. Kin Aruma es, como todo adinerado, obstinado y algo sordo, lo que se propone lo lleva a su término; tiene 49 años y hace dos que ha enviudado, su esposa fallece cuando se dirige de Bogotá hacia Kalkan; el conductor de una carroza que iba bastante borracho cae a un precipicio, allí muere Mecha Zipa.

Desde ese día, el gruñón jura no volverse a casar, por una parte, para no tener que someterse a las mujeres y, por la otra, para disfrutar en libertad de su naciente homosexualidad; decide

que lo mejor de sí lo encaminará para levantar sus hijos dentro de los ideales humanos de honestidad, justicia y libertad.

Al otro día de la fiesta, Kin muestra que no habla en hielo, envía a los niños a la mejor escuela de Kalkan, asimismo dispone que, en la noche, algunos profesores versados en idiomas e historia les dicten cátedras culturales y en los fines de semana reciban orientación con el párroco del pueblo y los políticos de la región.

Son días difíciles para los niños; castigos físicos paternos, limpieza de casa, arreglo de establos, ordeño de vacas en la madrugada, pellizcos de los profesores, dos misas a la semana, supresión de agua de panela al almuerzo y redoble de horarios formativos son algunos correctivos; en carne propia van aprendiendo la gran apuesta educativa del país: la letra con odio entra y ya con el odio hacemos la guerra.

A los doce años de edad terminan estudios primarios ocupando los primeros puestos; sus capacidades memorísticas hacen que los políticos empiecen a realizar cábalas con Bachi, mínimo será lejisladrón, sentencian algunas voces sueltas; ni que decir del párroco y las monjas, ven a Hasen, sino al verdadero sí un buen representante de dios en la tierra.

Cumplidos los 18 años concluyen los estudios secundarios con matrícula condicional por varios desajustes disciplinarios que se dejan en secreto, vale aclarar, aunque no sabemos sí para esta historia venga bien, que pocos se enteran de los desórdenes, gracias a algunos donativos pedagógicos a

profesores y directivas para que no manchen la reputación de los jovencitos.

Sin mediar conversación entre padre e hijos, contrario a los deseos de ellos, dispone el envío, en forma inmediata, del rebelde Bachi a continuar sus estudios universitarios en Francia y del indeciso Hasen a los monasterios italianos.

Los muchachos tratan de oponerse, no comparten la idea del padre. Bachi sueña ser un corresponsal de guerra, en Colombia la disfrutamos desde campesinos hasta presidentes, suele explicar. Hasen se siente doctor en ciencias forenses. Su padre Kin tiene todo decidido, no hay fuerza terrenal ni razones metafísicas que lo hagan cambiar de opinión.

A partir de ese momento, los jóvenes comprueban que su país la trae bien para dictadores disfrazados de demócratas y de corruptos vestidos de políticos.

Sumidos en su destino, empieza a existir un carteo permanente, en los cuales se cuentan sus deslices o búsquedas propias de querer estar en el mundo. En una misiva Hasen le relata a Bachi: “eso de ser seminarista es una puta locura de nuestro padre, no puedo desconocer que hay pequeñas libertades, ostias y vino a destajo, bastantes monjas jóvenes y de buen apetito, varios seminaristas que se liberan de su masculinidad, las tardes deportivas son fenomenales y en muchas noches nos podemos escapar al campanario para disfrutar de licores, de juegos, de religiosas y de aquellas que no lo son”.

Según los compañeros, Hasen nunca ha creído en la existencia de algún dios y mucho menos de uno exclusivo para los católicos; él está aferrado a lo leído en un viejo libro de filosofía donde expone que Dios es una invención de hombres inferiores para el beneficio de hombres superiores.

En el seminario, muy poco disfruta leyendo la Biblia, adquiere libros de poesía maldita y el Kama Sutra que conserva en un escondite lejos del alcance de los prefectos; entre los libros tiene obras de Nietzsche, Baudelaire, Marx y el Marqués de Sade; para colmo, cada que amanece malhumorado repite para sus adentros “Las religiones son negocios por montón”; en una ocasión la pronuncia tan fuerte que lo escucha uno de los jerarcas; la queja se tramita a instancias superiores y luego de tres horas de reunión, la Santa Junta disciplinaria toma la determinación de expulsar a semejante desprolijo que está infiltrado en tan hermoso mundo.

No es nuevo denunciarlo aquí, poderoso caballero es don dinero, así las cosas, don Kin con una santificada cantidad de liras logra convencer al superior para que reingrese a Hasen.

—Ese joven ha sido un rebelde y la única manera de controlarlo es enseñándole la palabra de Cristo, dice Kin poseso de cierta sabiduría mística.

En principio, hay oposición de los participantes de la reunión, pero luego ceden en la medida que Kin va incrementando los aportes para las ánimas benditas, las por bendecir, para las ánimas dubitativas y quejumbrosas, para las ánimas en pena y

las próximas por penar, porque el futuro ya se sabe: nunca faltarán las ánimas pecaminosas.

Al cabo que Hasen es perdonado, Bachi se está dando otro festín en París, fuma marihuana, toma vodka, viaja a playas nudistas, visita burdeles en *Moulin Rouge* y, cuando no, sin el menor control de calidad, se regodea con universitarias rusas y duerme con cuanta francesa antojada aparezca. Aunque no muy amante a la política, obtiene las mejores calificaciones para seguir recibiendo los aportes económicos de su padre.

Nueve años después de permanecer en el seminario son suficientes para ordenar al sacerdote Hasen Aruma, lo que representa felicidad para el Dictador y esperanza para Kalkan, pueblo que vive más del pasado y del esperar que del presente.

—Que importa que ese pelotudo sea ateo, Dios y las limosnas lo componen en el camino. Mi primer sueño se cumple y eso es lo que vale, de nuevo le demuestro a este pueblo polvoriento y envidioso que hago lo que a bien se me venga en gana —confiesa a su mejor amigo.

—Si lo crees lo creas y si lo afirmas lo niegas —le complementa su vecino.

Durante el primer año de oficios religiosos de Hasen no se observa nada extraño y sólo se habla de su dedicación a la actividad pastoral en Kalkan, donde es enviado gracias a otro generoso aporte dado por Kin a un prelado que sabe poco sobre los votos de pobreza.

Al año siguiente regresa Bachi de Francia convertido en el político e intelectual más famoso del pueblo; esto es anunciado por periódicos de Bogotá y por emisoras nacionales. Los kalkaneses saben que esas noticias surgen gracias a las donaciones para libertad de prensa que su padre hace a los directores de esas empresas, no obstante, los kalkaneses no quieren saber las verdades, les agrada que les mientan.

A partir de la llegada de Bachi el pueblo empieza a sentir admiración por don Kin y, cómo no ser así, consideran a esa familia digna de admirar y modelo para un país que tiene por virtud la de replicar los malos ejemplos de sus ilustres ciudadanos.

—Una nación que se entretiene con fútbol, corridas de toros, noticias, peleas de gallos, fiestas y reinados, mientras se abandona en el lodazal de la violencia no tiene mucho porvenir
—suele decir Kin.

Cierto día se reúnen el político y el sacerdote a comentar sobre sus venturas, porque si algo hay claro para ellos es que esas profesiones, venidas a menos, se las deben a su padre. Más que a un guía lo ven como a un patriarca bíblico, un loco para olvidar, un tanto similar a los dictadores.

En pleno parque del pueblo, Maxa felicita con efusividad a don Kin, diciéndole que lo admira hasta más no poder por su familia ejemplar.

—Jamás creas que mi familia es ejemplar, Bachi es senador y Hasen sacerdote, pero ellos me evitan, no me hablan, me consideran un dictador, la sombra de sus destinos. Hasen es un sacerdote sin vocación, oficia actos religiosos sin la dedicación pastoral que se requiere, La biblia es un libro que lo supera; Bachi es un senador que ni quiere ni ver a sus votantes, nunca responde por algo, ni pronuncia discursos que sirvan de algo, no sueña con cambiar el país sino con enriquecerse.

Muchos de los caprichos se le cumplen al dictador, pero lo que nunca se le ocurre es morir sin conocer la historia oculta de sus hijos, una verdad, como pocas, que lo reconciliaría con el universo.

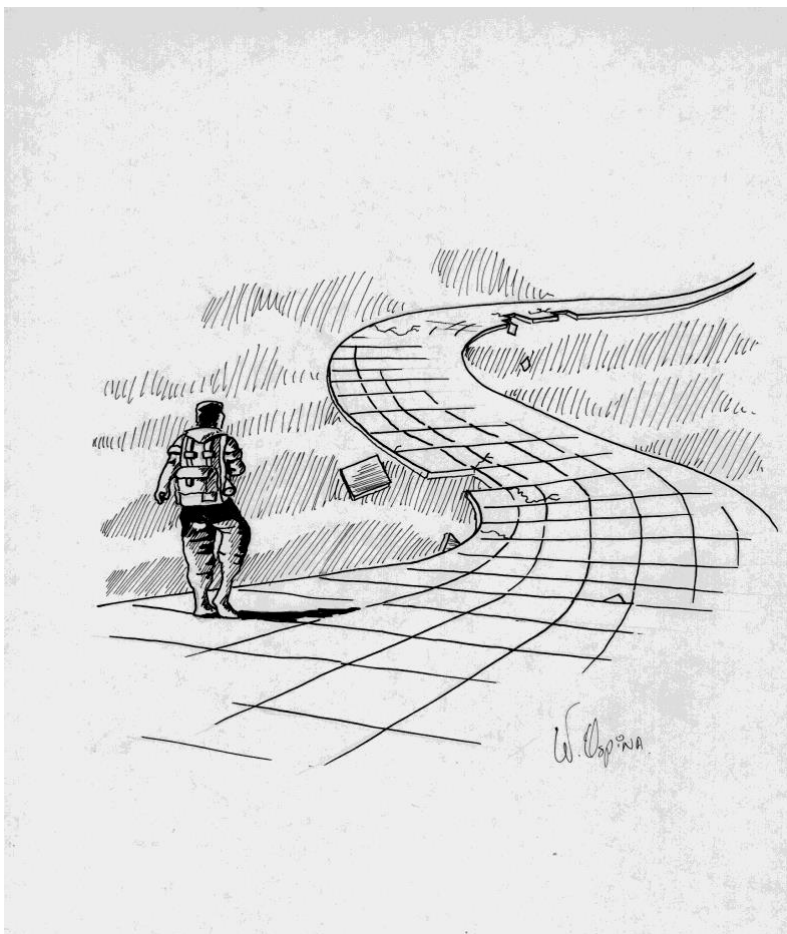
Años más tarde fallecen el político Bachi Aruma Zipa y el sacerdote Hasen Aruma Zipa; ambos se los lleva una borrasca del río, no del olvido.

El pueblo recuerda que Hasen estuvo loco, pero gracias a un tratamiento vuelve a su normalidad, luego de su enfermedad crea el único seminario católico de la región, sus actos religiosos fueron llenos de creatividad y su piedad casi infinita. Bachi político y literario, drogadicto y alcohólico, lo que aporta al pueblo es el libro titulado **Los dictadores**, obra que gana varios concursos y es postulado al Premio Nobel de Literatura, pero no se lo otorgan porque —ese pueblo no lo conoce ni el putas y hasta donde se sabe el diablo conoce casi todos los rincones de la tierra—, comunican los diarios de la capital.

El libro lo conservan los habitantes de Kalkan, puede decirse que no existe persona sin esa obra. Allí, Bachi hace un extenso relato de su vida y la de Hasen, la forma como se fue desarrollando el pueblo, las locas imposiciones de su padre, las imprudencias de ellos, así como las condiciones políticas y religiosas que los van convirtiendo a ellos en unos mansos Dictadores sin imperio.

En las últimas páginas se encuentra la versión más perpleja del libro. Pese a verse como cartas marcadas o fichas de ajedrez, agradecen a su padre las carreras seleccionadas; no dudan en venerarlo por el exceso de lucidez, capacidad de leer y diseñar el futuro, lloran por no comprender en la juventud la majestuosidad de su progenitor.

Evocan que los recuerdos son apalabrados. Aunque tarde, como muchas cosas en la vida, se enteran de que en lo profundo de sus almas y en la superficie de sus pieles, lo único que conocieron fue el auténtico amor de un padre.



El viajero

Hay lugares que teniéndolo todo
te entregan casi nada, hay
lugares que sin tener lo suficiente
de nada te donan todo.

El auténtico viajero no es el que recorre muchos lugares, sino alguien que sabe morir todos los días para disfrutar en cada resurrección de los paisajes repetidos como si fuesen nuevos, de los amaneceres como si nunca hubiesen existido y de las personas como mundos inéditos.

Del futuro sabemos poco, por eso lo inventamos, del pasado sabemos más por eso lo historiamos, del presente poco, por eso lo olvidamos; para el viajero, los tiempos no transcurren se inventan.

Sale de su casa en busca de algo, trata de hallar lo desconocido, busca su otro yo, su fantasma perdido, ese espíritu de aventurero, una vez más, lo coloca a su servicio, cansado está de esperar cambios sin emprender nada nuevo, de querer el cielo sin arriesgar la muerte.

A muchos kilómetros de camino, de su viejo morral, mal oliente, color café tirando a negro, extrae un plástico y un cobertor, es el remedo de casa para esa primer noche.

La oscuridad se acentúa, el clima no está para juegos ni la tierra para colchón, el viajero se intranquiliza, escucha el cántico de los rayos y el susurrar del viento que arruga el dormir, se protege en una roca del temporal.

Al amanecer se levanta, abre el morral, si es que se puede llamar así, saca de su interior un pan viejo y acompañado de una panela, se acerca a un pozo de agua pantanoso, toma grandes sorbos a manera de café y engulle el pan; luego empaca el cobertor junto al plástico, toma el equipaje y, de nuevo, emprende el camino con destino incierto, extraño a lo acostumbrado; en esos momentos se encuentra sin rumbo, como recriminando la paradoja: la libertad es lo que ansía y ahora no sabe quehacer con ella a sus pies.

El recorrido dura 113 días completos, porque la incompletud temporal no aplica para el viajero, cuando decide sacar de su equipaje un machete y se abre espacio cortando árboles y ramas tunosas; allí inicia la construcción de la morada que aspira sea para el resto de su vida. Al atardecer ya tiene su vivienda, cuatro palos unidos a los extremos con bejucos; el techo lo cubre con hojas de palma y otras ramas; las entradas las protege con el plástico partido en dos, de lecho tira hojas secas, malezas suaves y el cobertor le sirve de cobija.

Al otro día se levanta y observa un sol imponente, orina en la esquina de la improvisada vivienda, sonríe al mundo, está marcando el territorio, luego se dispone a preparar su desayuno con frutas frescas.

Durante la mañana sigue a lo suyo sin protestar, sale en busca de leños y otros pormenores para asegurar una estadía más cómoda, en la tarde sale de cacería con una improvisada lanza y el carnívoro no tarda mucho en encontrar a la víctima, un venado que pace confiado.

La siguiente noche transcurre con sevicia, un viento que golpea los arboles dando la impresión de arrasar con todo; pero, esta vez, la suerte no está de parte de Dios sino del viajero.

No espera los rayos del sol para salir a explorar, cerca de tres horas le toma encontrar otros vecinos, al llegar se tropieza con la mayor sorpresa de su vida, ante sus ojos se presenta la figura de Abadio Aruma, el hermano menor que trece años atrás desaparece de la casa familiar sin dejar rastro alguno. Abadio, a pesar de su juventud, luce aplomado, aparenta más años de los que tiene, sus cabellos se han tornado largos y desiguales, con una barba despeinada, brazos fuertes que enseñan varias picaduras de serpientes, las piernas afanosas y los hombros amplios evidencian el trabajo realizado durante la colonización en la región.

Luego de los saludos, Abadio cuenta su recorrido y le indica a su hermano la forma de sobrevivir en ese lugar. La noche es corta para contarse anécdotas, entre risas y abrazos transcurre la conversación en donde también aparece la señora de Abadio, una costeña que aceptó huir hacia donde fuera; en un caballo emprenden la odisea y después de casi tres meses llegan a ese sitio donde deciden pernoctar y colonizar, tierras que no tienen doliente ni amos conocidos, necesita de dueños,

piensan ellos, como si tal, como si la tierra en verdad necesitara de dueños.

De la unión matrimonial hay tres hijos varones de nueve, doce y trece años. El trío dominan el sitio con baquía, ayudan en la agricultura, en el cuidado de los animales, y en sus ratos libres se dedican a cantar y a dibujar el pueblo que sueñan.

A su regreso encuentra, cerca de la choza, una caída de agua de unos noventa metros que rema en un extenso lago. Gracias a la salida del sol y dirección de los vientos puede establecer que la capital está hacia el norte, la zona marítima al occidente y la casa de sus padres en el intermedio, sitios bastantes retirados de su nuevo hogar.

Rayénari y Abadio su juntan. Después de tres años de intenso trabajo, la zona ofrece otro aspecto, su actividad agrícola a ojos vistos es un pequeño paraíso con aguas, aves, frutas, manzanas y serpientes por si se fastidian del paraíso.

Un viernes en la noche sienten ruidos, caídas de árboles y susurros, pero debido a la oscuridad no se deciden a salir, en la aurora al levantarse observan más de mil bohíos construidos en forma rústica, habitados por unas tres mil personas que, como ha sido tradición en la humanidad, vienen huyendo de otra humanidad.

—Lo interesante es que el sueño se está haciendo realidad, los visitantes empiezan a llegar, si bien, no tienen cara de turistas, nada se les puede recriminar —explica Rayénari a su hermano.

—Siento temor y una extraña risa me ataca.

—Siempre nos invade un miedo a cada primera vez, así como a todo lo último —indica Rayénari.

A grandes rasgos, la invasión se produce porque unos campesinos son expropiados por terratenientes que, como es usanza política, el gobierno apoya; al sufrir semejante atropello deciden salir a caminar y luego de varias semanas, en donde mueren treinta y tres niños, trece ancianos y varios animales. Agobiados por el cansancio resuelven quedarse en ese lugar para recuperar su dignidad, mientras volvieran a ser indignos ante cualquier poder; esperando que el gobierno no le diera, de nuevo, por expulsarlos a bala como acostumbra.

En la tarde Rayénari es proclamado como líder y, luego, de muchas ideas, a una niña se le ocurre sugerir el nombre de Kalkan, las discusiones se calman y por unanimidad aceptan el nombre. Nunca se ha visto designación más precisa, mucha gente que posteriormente visita el lugar, cierran los ojos y no dudan de que Kalkan es el nombre que siempre ha tenido y el que conservará cuando todos seamos polvo sobre polvo, como si las palabras sobrevivieran al apocalipsis.

La admiración que alcanza el lugar es tal que en los periódicos, vampiros de malas mañan, se hacen grandes titulares “Kalkan es el paraíso perdido”, “Kalkan el sueño de un dios”, incluso, no falta quien escriba: Sin duda, Adán y Eva no hubieran pecado de haber conocido este lugar.

Nueve años después Kalkan tiene calles bien trazadas, posee iglesia católica, ortodoxa, cristiana, una mezquita, un templo hindú y un recinto en guadua que acepta a todos los dioses, los existentes, los por existir y hasta las deidades muertas por si alguien le da por resucitarlos. La alcaldía en bambú, el teatro al estilo maya, los centros educativos como foros amplios, con teatros y zonas para practicar deporte, pirámides y acueducto en piedra refuerzan la idea de un poblado pluricultural.

A pie juntillas, declaran como cementerio el cráter de un volcán inactivo que en algo se les parece al país; desde la fundación del pueblo sólo han fallecido tres personas. El primer muerto nadie lo olvida, un joven muy hermoso y alto de veintidós años, tenía por costumbre nadar, lo hacía mejor y más rápido que los demás; el día anterior la pasa con altas fiebres, a pesar de ello se arroja al río y, cumpliendo el dicho de Heráclito que nadie puede bañarse dos veces en las mismas aguas, el río se lo lleva para sus mares.

Hay muchas hipótesis sobre su muerte, algunos aseguran que ese mismo muerto sirvió para que Gabriel García Márquez escribiera *“El ahogado más hermoso del mundo”*, asunto que no se ha podido comprobar porque el mito es mejor no explicarlo.

Las otras víctimas son dos niñas que mueren sin saberse el tipo de enfermedad, muchos incrédulos pensaron que el Creador, diestro en estas lides, se las llevó vírgenes para el cielo, vaya uno a saber para qué.

En una reunión y de común acuerdo con los familiares, el pueblo decide lanzarlas al volcán, de esa manera es declarado

el cementerio municipal, porque un pueblo es pueblo inacabable cuando dispone de cementerio. No faltó el distraído caminante que muy irónico dijo: así, las cenizas volcánicas vendrán con nuestros antepasados.

La vida transcurre con una armonía tal que ya quisiera para sí el cielo, nadie fue tan feliz antes, muchos se apresuran a pensar que Kalkan es el nombre oculto del cielo y que el Supremo les ha guiado a ese sitio, tal como condujo a Moisés a través del Mar Rojo; pero democráticos que son, también admiten otras versiones religiosas y hasta incluyen la casualidad del *big bang*, nada pasa en el exceso de imaginación.

Cuando el pueblo cumple 23 años de fundado, allí gustan de los números extraños, se conmemora de muchas maneras, tres días consecutivos de bailes y libertad sexual, luego once días para concursos hípicas, carreras de encostalados, ascenso a la guadua enjabonada cuyo campeón lo proclaman ejemplo de humanidad; juego de trompo, campeonato de tejo, olimpiadas al mejor cazador, mundiales de parques y dominó, así como un reinado en donde sale electa Sahasen, una agraciada niña de la familia Aruma, de virreina queda Tiwí Wara que luego se dedica a resolver las necesidades sexuales de hombres solteros y primíparos. La bebida oficial de las fiestas es un agua vinagre hecha de maíz y cascara de maracuyá que el sacerdote venía utilizando en las consagraciones y en borracheras con los monaguillos, de esta forma se legaliza el consumo de una chicha aguardentosa que luego se conocerá en todo el mundo como Kalken.

Paso a paso Kalkan se convierte en un centro turístico, a través del río llegan embarcaciones con turistas, quienes no quieren regresar, incluso, se dispone de un decreto para que ninguna embarcación se aleje del pueblo hasta que todos los ocupantes se encuentren a bordo; se sabe de tres extranjeros, un polaco, un italiano y un japonés que enloquecieron de amor por Kalkan.

En una comitiva privada arriba una compañía con ingenieros nacionales y extranjeros quienes ya saben del río, vienen con la idea de un proyecto hidroeléctrico.

Rayénari y Abadio encabezan una insurrección contra aquella empresa, convencidos de que los árboles mueren de pie. La filial ni corta ni perezosa, repitiendo las mismas barbaridades de otras multinacionales extranjeras, se apoya del gobierno para enviar aviones de combate; así es que en tres horas destruyen el pueblo, en las calles se observan centenares de cadáveres, personas que eran felices, prefieren sacrificar sus vidas antes que aceptar el despojo; los periódicos y otros medios informativos silencian el holocausto.

—La triste realidad del llamado progreso es que destruyen para imponer su basura, no les importa nada, ni siquiera la existencia humana —dice uno de los sobrevivientes.

—Nos quieren vender cosas que ya tenemos o nos crean necesidades de cosas que no necesitamos, eso es el progreso para los economistas —manifiesta un profesor.

Nadie responde por los muertos; el gobierno evade la responsabilidad, explica en comunicados que la subversión hay que combatirla con armas para no dejar florecer focos de perdición. Aunque parezca un cuento literario, la crujiente verdad nos apena, aquel floreciente pueblo es hoy una central hidroeléctrica.

De Rayénari y Abadio nada se sabe; los sobrevivientes son enviados a un sitio cercano, el gobierno les construye unas casas pequeñas que los desplazados reciben de mala gana, pues al fin y al cabo no tienen otra alternativa, ni bancos, hospitales, escuelas, ni dios que les sirva de algo.

En recuerdo a las personas sacrificadas en aquel genocidio, deciden, también, llamarlo Kalkan, pese a que el gobierno lo nombra *Nuevo amanecer*; esta vez los pocos visitantes, que de cuando en cuando llegan, nunca adivinan su nombre. Los Aruma, como familia numerosa, pusieron más muertos, pero también más sobrevivientes, por ello, los que se salvan deciden conservar los legados de personajes como el dictador, Hasen, Bachi, el padre Tenorio y el viajero, de quienes se erige una escultura en tierra y boñiga de vaca en su honor.

Del gobierno corrupto e indolente, con sus presidentes y ministros, se sabe que asisten a grandes francachelas en la represa eléctrica, engreídos saludan el llamado progreso con himnos, banderas, circos y pancartas, mientras en las noches, con jovencitas venidas de la capital o del exterior, estos dirigentes se dedican a la buena mesa y a extensas orgías, porque así también se celebra el progreso.

—El pasado es el profeta del futuro, por eso no podemos dejar olvidar esto. Si bien, el que escribe no siempre es el que más sabe, si es necesario publicarlo en cuanto medio se pueda —expone uno de los sobrevivientes.

—Un hombre olvidado que relata una masacre para que no sea olvidada, esa será mi ocupación —grita alguien desde los escombros.

Años después la siguiente expresión aparece en la plaza de Kalkan: Se conoce de gentes que teniéndolo todo destruyen hasta la nada, hay lugares que sin tener lo suficiente de nada te donan todo.



El psicólogo

La inteligencia tiene buena reputación así sea traicionera, mentirosa y déspota.

La humanidad no se deja destruir en su totalidad, siempre se ingenia otras maneras de estar, porque si hay miradas que rayan la piel y otras la dignidad, también hay acciones que se constituyen en una patada al alma.

Por ello es que luego del ametrallamiento del antiguo Kalkan, aparece con toda su fuerza en la familia Aruma un escritor, Mainqué que, convencido del poder de la historia escrita para evitar que los hechos se vuelvan a presentar, narra todo lo relacionado con esta población y sus gentes. Él sabe que el llanto y la risa auténtica se alimentan del agua y el agua es vida. Para que lo trágico no se presente por segunda vez que se represente mil y una vez, es lo que dice el escritor.

Dejemos a Mainqué en sus propias escribanías, en sus resfríos escriturales porque cuando termina un capítulo, expresan sus pueblerinos amigos, “se ve más contento que divorciada estrenando amante”.

Adviértase que para definir la personalidad de Rigoberto Aruma, se requiere conocer su historia para no caer en vanas

suposiciones, ni en supersticiones y, poder así, describir muchas facetas que caracterizan a este genio nativo de la segunda Kalkan.

A los cinco años es enviado a realizar estudios primarios en una de las mejores escuelas de la capital, los cuales termina en forma destacada, considerado, por muchas de sus actuaciones, como estudiante superdotado.

Culmina sus estudios secundarios a la edad de quince años, una verdadera proeza para la época, los primeros cursos de bachillerato los valida por dos a razón de un año y, fácilmente, hubiese podido continuar la rutina de tres por uno, no es mucho lo que enseñen suelen ironizar los que saben, pero una decisión de la rectoría lo impide, instituciones que en lugar de derribar, construyen muros.

Entra a la universidad bastante joven, sus notas en medicina son las mejores del grupo, en el primer año aprende lo que un estudiante tarda más de cuatro.

A pesar de la capacidad de estudio y erudición, los amigos extrañan su nulo acercamiento con mujeres. Ocupa el tercer puesto en una familia de cinco miembros, con dos hermanas y dos hermanos, el mayor apodado *El conejo*, porque se come cuanta zanahoria vea y cuanta dama abra las piernas, explican los amigos.

Su padre, un administrador de empresas, un hombre alto, corpulento, de cabellos negros, barba bien dispuesta, ojos negros, cicatriz en el cuello, tez blanca y un carácter dulzón; su

madre se desempeña como secretaria de una importante empresa cultivadora de alimentos, en esto sigue la tradición colombiana de expropiar las mejores tierras para cultivar y exportar, dejando para sus paisanos los productos de terceras calidades.

Cuando Rigoberto cumple dieciocho años se le conoce una compañera de la universidad de nombre Rosalba, una apuesta niña que pertenece al comité ecológico, al grupo de teatro y al de danzas. Al tercer año de comercio exterior ella es enviada a continuar estudios al norte del país, según algunos rumores para separarla de un naciente amor que pondría en riesgos los estudios.

Rosalba tiene relaciones amorosas con Rigoberto durante nueve meses. El día en que su familia dispone enviarla a Cartagena para continuar sus estudios, ella entiende que quieren separarla de su novio y por mucho que intenta disuadir no lo logra. La decisión no tiene notas en el revés de la página.

Rigoberto realiza una investigación con mucha seriedad sobre las plantas medicinales, las cuales son excelentes para curar enfermedades que la medicina convencional no ha podido lograr; por ejemplo, una planta de hojas anchas y en forma de serrucho, sana los dolores de cabeza; otra de flores blancas es buena para bajar las fiebres, las combinaciones de las anteriores con cascaras de limón hervidas en agua por diez minutos son la mejor medicina para atacar las gripes y otras enfermedades relacionadas con los resfriados.

Conocido Rigoberto por sus investigaciones y descubrimientos, aparece gente de la soñadora Kalkan que lo proclama como un posible Premio Nobel de Medicina; los menos cordiales aducen que es obligación que se lo otorguen, por los sufrimientos del pueblo.

Aparece una enfermedad dolorosa y no conocida por la medicina tradicional que Rigoberto logra resolver con sus medicinas, pasa así a convertirse en una especie de ídolo donde personas de otras latitudes empiezan a visitarlo para conocer más de dichos descubrimientos, como sucede con una comisión de médicos suecos que llegan hasta Kalkan para saber en qué se basa su medicina; luego de varios días se regresan, pero al siguiente mes llega la siguiente nota: “El tal estudiante es un brujo sin formación suficiente que convence a las personas de su medicina, además, viene apoyándose en la psicología y la astrología para atender a sus clientes, medicina, psicología y astrología juntas se convierte en un medio eficaz para engañar a la gente; en realidad es una persona que apenas empieza a estudiar y a conocer, por lo tanto, es imposible que en tan poco tiempo pueda desarrollar un medicamento con tantos poderes curativos”. Total que así se esfuma cualquier ilusión de reconocimiento de la academia sueca de medicina.

Un lunes sucede algo que cambia la vida de Rigoberto, su padre viene aquejándose de escalofríos, para lo cual realiza combinaciones de varias plantas para revertir la enfermedad, pero a pesar de los esfuerzos, su padre muere ante la mirada impotente de Rigoberto y la posible sonrisa de Alá o Visnú.

Después de este suceso, Rigoberto empieza a sentirse como la persona más estúpida del mundo, decide abandonar la medicina, concluye que las personas se mueren cuando a la guadaña le da la real o puta gana y que la medicina es incapaz de curar algunas enfermedades y menos la muerte.

Rigoberto opta por estudiar sicología en otra universidad de la capital. En el segundo semestre, llega a sus oídos el sobrenombre de Rigoberta, no le presta ninguna atención, un compañero de estudios le pregunta por su novia, ¿cómo se llama y que hace?, a lo cual responde, mi novia se llama Rosalba, estudia no sé dónde y debe ser una liberada porque desde hace mucho tiempo no tengo noticias de ella, para su conocimiento aún la quiero.

Rosalba se gradúa y es contratada por una empresa de la capital. Por su parte, Rigoberto publica dos textos titulados “La psicología del caballo”; “El sexo y la psicología de los pájaros”; ambos libros son enviados a las diferentes universidades del país y de las muchas cartas que llegan felicitándolo, algunas le solicitan que escriba un libro completo sobre *la Psicología de los burros*. No quiso atender en todo su contexto la carta.

Al finalizar los estudios recibe los mejores premios otorgados por la universidad. Para su golpe de suerte, acepta la institución donde labora Rosalba. El día que Rosalba ve al nuevo sicólogo, salta de alegría.

De nuevo se trazan en un amor que llega a los corrillos de la empresa, incluso, no creído por los antiguos compañeros de estudio quienes llegan a pensar que se trata de una simulación.

Rigoberto se desvive por los hombres y Rosalba por las mujeres, no entiendo ese amor, explica el subgerente de relaciones humanas de la empresa.

Pactan la fecha para la boda, la cual se celebra en Kalkan, donde asisten muchas personalidades del país y lugareños del pueblo. La celebración dura tres días, los conocidos se van yendo, unos borrachos y otros cansados; fiesta en donde el alcalde y el abogado del pueblo se emborrachan; no contentos con ello se retan a muerte, el alcalde, liberal y el abogado, conservador, no los dejan concretar la apuesta porque, en el fondo, ambos son ladrones y entre bomberos no se pisan la manguera.

Concluida la parranda los chismes ruedan como grandes rocas, porque Kalkan, dicen muchos, tiene más chismosos que el cielo e infierno juntos, varios han propuesto elevar el chisme como ciencia para que el pueblo sea la cuna de la gran ciencia de la modernidad: el chisme.

Al medio día, la pareja decide salir hacia Pag, una isla croata del mar adriático, para disfrutar del amor y a recobrar el tiempo perdido. Después de quince horas de vuelo, llegan a la ciudad playera de Pag, de allí salen para el mejor hotel de la ciudad, donde son llevados a la habitación según la reserva.

Ya en el cuarto, Rosalba entra al baño, se ducha, se aplica perfumes, se coloca ropa interior blanca, brasieres semi transparentes; lleva unas bragas que translucen el cálido sexo, sale para que Rigoberto viera una mujer hermosa y a punto de ponerlo en delirio.

Rigoberto entra a la ducha, se despoja de sus ropas, demora cinco minutos más que Rosalba y sale como vino al mundo; Rosalba observa entusiasmada y sin mostrar el menor asombro de sorpresa le expresa:

—Porqué esperaste hasta hoy para mostrarme que eras mujer, acaso no sabes que también tengo gustos por las mujeres.

Ambas sonríen y se acuestan a disfrutar de la vida con la ternura de un amor prohibido. Saben, cómo no, disfrutar de la feminidad como ningún hombre.

En Kalkan, el humor constituye una respuesta a la dureza de su país, no quieren recibir galardones tontos sobre felicidad, añoran espacios para la ironía, para reír la risa, caer en la locura del buen humor para confrontar tantas mentiras religiosas y cientistas

Viven del chisme porque es actual y les hace disfrutar. El chisme es una de las profesiones más rentables, de las cuales vienen aprendiendo los programas de radio, experiencia que, si continúan los descuidos, se llevará a la televisión y al cine.

En Kalkan ya saben del primer matrimonio lésbico del país y lo disfrutan, porque también aprendieron que es más fácil la desaparición de una especie a que alguien cambie de ideas.

Posdata: Hay un libro próximo a salir, escrito por Rosalba y Rigoberto titulado: La inteligencia tiene buena reputación así sea traicionera, mentirosa y déspota.



Rayo

Las líneas rectas, a veces, no son la solución sino la radicalización de un problema.

Caballo hermoso como “Rayo” no hay ni, nunca antes, se observó otro igual en aquel lugar, no es que en la tierra no existiesen más caballos, pero para el pueblo es suficiente, “la joya de la corona”; es un lujurioso ejemplar, provocador de lenguas y tormento de yeguas sin recelos.

Su orgulloso dueño Tayel Aruma, lo cabalga y disfruta como ningún montador profesional; se especula en el pueblo sobre las virtudes del ejemplar frente a los comportamientos irregulares de su dueño que, incluso, olvida la responsabilidades nocturnas matrimoniales para que, sus vecinos, bastante golosos, pudiesen aprovechar semejantes descuidos en cualquier parpadeo.

Tayel conoce sobre herrería y quehaceres veterinarios, al recibir a Rayo de su padrino Tulio, un potrillo de nueve meses, el mundo se le trastorna. El regalo le es dado por haber culminado los estudios de abogado en la capital. A partir de ese momento el caballo se convierte en su pasión de vida, su feliz prisión.

Un año después, Itsi a sus veintidós años, ve en Tayel al hombre de sus sueños y se entrega a las delicias del amor, contrariando la opinión de sus padres y no atendiendo los mandatos religiosos de jurar amor eterno.

Cuando el animal tiene cuatro años llega el empresario italiano Albertini a negociar el ejemplar, pues sabe de Rayo gracias a referencias de un amigo. Las conversaciones duran dos días sin llegar a ningún acuerdo, se escuchan las vociferaciones del italiano diciendo.

—Es imposible negociar con los indios latinos, no distinguen de razones sino de emociones.

—Quien sabe de emociones traduce mejor las razones porque éstas vienen en el mismo empaque —puntualiza otro kalkanés al oírlo.

La oferta en dinero es muy alta, pero a Tayel lo conmueve la historia de *El Moro* de José Manuel Marroquín; libro que debió leer cuando cursaba segundo año de bachillerato, al realizar un análisis literario del relato concluye que no es justo abandonar los animales en la vejez. Él supone que al venderlo y cuando Rayo entregue todo de sí, el empresario lo abandona o lo arroja a pasar su vejez en cualquier rincón.

En Kalkan se habla del caballo con mucha persistencia, el alcalde, en acto simbólico, lo declara propiedad municipal, razón suficiente para no poderse vender a extranjeros. Tampoco es ajeno a la celebración el cura, quien pronuncia un sermón ante los feligreses y en compañía de unos misioneros procede a consagrar al animal; algunos perros y gatos callejeros que se acercan al ritual los espantan con el agua bendita.

Días después de la ceremonia política-religiosa Itsi, en su incomodidad, le advierte a Tayel.

—Ya es hora de venderlo, tú lo sabes mi vida que es un animal y muy fácil se puede echar a perder, nosotros no debemos despreciar la fortuna que nos ofrecen.

—No sólo los caballos se echan a perder, también las personas. No lo venderé, por ahora, no pondré valor a mi “niño” —grita, imaginándose cómo habría sufrido Marroquín escribiendo El Moro.

Itsi, nombre indígena que significa vida, lo abraza y comprende aún más que las esperanzas de solucionar su situación económica no están cercanas. Viven en precariedades y algún dinero que les queda deben invertirlo en medicinas y otras necesidades que le surgen al caballo, los alimentos para el hogar no son abundantes, hay días en que pasan hambre; se dice en las calles que de ésta historia García Márquez se alimentó para escribir el Coronel no tiene quien le escriba, en torno no a un caballo sino a un gallo.

Extraña ley rige a los hombres, caprichosos sentires se avecinan cuando creemos tener certeza de algo; por ello en la vida mercantilizada puede más el dinero que una promesa de eternidad; Tayel tampoco es ajeno a ello, por más intenciones y promesas que hizo, resulta inferior a sus palabras, le es imposible negarse. Un empresario bogotano compra a Rayo por un precio escandaloso.

—Con ese dinero se puede adquirir una isla y un avión —se dice en las calles del pueblo.

Tayel pacta con el dueño que cada tres meses visitará a Rayo, también se acepta que cuando el caballo pierda su vitalidad, éste retornará a poder de Tayel para darle un final bien diferente al de El Moro.

Rayo se convierte en noticia nacional e internacional por ganar todas las competencias en que participa. En el continente no tiene rival, rápido pasa a ser símbolo nacional y esperanza de los criaderos de caballos en el país.

Es enviado a Europa donde obtiene todos los galardones, es llamado “el hijo del viento”. Gracias al precio pagado, Tayel vive cual magnate de pueblo, hay tiempo para tener dos hijos, para litigar casos perdidos, inocentes culpabilizados y culpables alegando inocencias, así mismo dispone de algunos recursos menores para apoyar criaderos de caballos criollos.

Seis años después de la venta, en octubre, Tayel tiene una pesadilla con Rayo, el caballo pide auxilio y condena a Tayel por su venta, ve a Rayo flaco, sin fuerzas dentro de un camión viejo que lleva a otros cuatro vejetes y malolientes caballos que, en tres días, serán historia y un buen trozo de carnes enlatadas. Un bostezo lo despierta. Es así como Rayo clama por su antiguo dueño.

A las ocho de la mañana hace maletas y en compañía de su esposa e hijos salen para la capital a visitar a Rayo. La pesadilla es bien clara para Tayel, Rayo lo está llamando con relinchos.

Llegan al atardecer a la capital y sin tardanza van a casa del empresario. Él los recibe como si los estuviera esperando, se nota un ambiente curioso, hay algunas palabras entre las dos familias comentando los últimos sucesos, políticos alzándose con dineros, empresas privadas dispuestas a invertir en la salud y en la educación, un negocio del futuro. De todo ello, algo adicional no funciona, un secreto por develar.

Son invitados a comer, la cena se ve apetitosa, acompañada de ensalada y una exquisita carne con aromas orientales, casi enloquecedores; reconocen que nunca han comido carne más deliciosa, cortesías van y vienen.

Hay un silencio, previo al suplicio, la tormenta llega a suprimir la calma, cuando Tayel pregunta por Rayo, recibe una mirada del empresario y su familia, dando a entender que algo se retuerce. De pronto, Tayel observa un periódico, lo levanta y el titular a ocho columnas explota a sus ojos como granadas "Rayo dice adiós a este mundo", al lado, una fotografía a color del hermoso ejemplar con todos sus galardones y un extenso resumen de victorias caballares.

Más abajo informa que el caballo fue atropellado por un camión cuando era trasladado del jardín hípico a su casa; en la siguiente página lee "Conmoción nacional ante el accidente y la muerte de Rayo".

En otro periódico encuentra titulares a ocho columnas donde resaltan las diferentes carreras ganadas por "El hijo del viento" y, al final, aparece la foto de Tayel. Por fin entiende que las líneas

rectas, a veces, no son la solución sino la radicalización de un problema.

Los ojos encharcados de todos miran a Tayel, pero él, embriagado de poética y tragedia, se engulle otro pedazo de la deliciosa carne para, justo en ese instante sentir y reconocer de nuevo a su amigo.

Ya no hay dudas, quiere morir de felicidad, de abandono, de desgracia, ahogarse en las lágrimas, atragantarse de tristeza; la certeza endemoniada lo invade: La apetitosa carne que lleva a la boca es la de su mejor amigo...Rayo.



El cazador

Los mesías producen miedo, que nos libren de todo aquel que quiere salvarnos.

Todos los días se levanta a las cinco de la mañana, se moja la punta de los dedos para pasarlos por los ojos, orina y toma café negro para salir en búsqueda de su víctima.

Nahuel Aruma, a diario cumple esta labor, es conocido en Kalkan como el cazador de la región. Algunas lenguas flojas hacen comentarios forzados que lo sitúan como el único cazador existente en los Andes Suramericanos. El escritor Mainqué así lo empieza a registrar en su nuevo proyecto literario: *Del cazador sabremos por las literaturas laureadas que broten de mis manos*.

Alrededor de Nahuel existen muchos mitos, pues no hay mes en que no traiga consigo un renacuajo, un pez de pantano, una rata de alcantarilla, un pájaro, una lombriz, una zarigüeya o cualquier otro animal doméstico; dentro de su colección de pieles figuran dos de culebras, cinco de gallinas criollas, cuatro de gallinazos e incluso la piel de una vaca, que luego de pasar todo el día siguiendo un zopilote y al no poder asegurarlo, se va a la finca de su hermano y sin pensarlo dos veces de un tiro mata a la vaca predilecta.

Esta pasión le cuesta alegatos con toda la familia, ellos no pueden aceptar que fuera de no hacer nada interesante, se vaya especializando en realizar daños en los pastizales y, en última, a exterminar los animales domésticos del hogar. A estas cantadas se hace el sordo, acostumbrado está a escuchar regaños de su madre y de su padre.

Es oportuno mencionar que de sus amigos de andanzas se conoce muy poco, la mayoría desertaron y se dedicaron a otras actividades, dos se convirtieron en comerciantes, aquellos en pescadores, mientras unos cuantos desempeñan, con una exactitud impecable, el oficio de robar carteras en la capital; es decir, de aquel grupo de amigos se destacan dos comerciantes, tres pescadores, porque los demás al no encontrar empleos se dedicaron al carterismo, a la política, al licor y a la vagancia pueblerina, mostrando con ello lo mala gente que es el país para con sus gentes.

Los estudios primarios los suspende un martes, día en que sale de cacería con unos vecinos que, sin imaginar el desenlace, lo invitan a conformar el grupo de cazadores, desde ese momento olvida que el mundo es algo más que matar animales.

—Para cazar sólo se necesita verraquera y decisión, para matar no se requiere ortografía ni saber multiplicar, es cuestión de puntería —le explica a su padre.

En adelante el cazador pasa al perfeccionamiento de su oficio, a sobrevivir sin tener que estudiar. El cura del pueblo, quien vela para no perder las almas jóvenes, porque las viejas están

descarriadas, no lo puede convencer para que deje esa labor sin futuro ¿Cómo si el futuro fuese más necesario que el presente?

—Mire Nahuel, usted con 37 años ya es justo que se dedique a otras labores, Dios no ve con buenos ojos a los perezosos y mucho menos a quienes se la pasan matando indefensos animales. No olvide hijo que te ven como un zángano en este pueblo

—Hay gentes que se dedican a recordarnos cosas que deseamos olvidar —describe Nahuel.

—No siento pasión por la desigualdad, pero me ocupa tu irresponsabilidad, puede trabajar, casarse, tener niños y ser un ejemplo para la sociedad.

—Vea padrecito, vaya con su joda a otra parte o dígaselo a otro menos inteligente porque yo no quiero ser modelo, al fin y al cabo todo cabrón que vive quiere ser un ejemplo, un líder, ser alguien o algo, al contrario, yo deseo que nadie me imite ni quiero servir de espejo, en cambio padrecito deje de dormir con mi tía y tampoco se meta en la vida de los demás sino quiere pasarla mal.

El cura lo mira con impaciencia y sin confirmar o no el rumor le cierra el confesionario. Un curioso que está al otro lado del confesionario escucha todo el dialogo, atina a cruzarse bendiciones y a pedir al creador por el irreverente, por el cura y por la tía del cazador.

Pero no le basta con sus oraciones y bendiciones, sino que sale, cual mensajero romano, a contarle a los chismosos del pueblo, que son casi todos, lo que ha escuchado, agregándole algo de su imaginación.

Los rumores en Kalkan se propalan como la luz de amanecer, critican la actitud de la santurrona de Carmen, una rezandera que ahora comprendían porque era tan feliz confesándose hasta dos veces al día.

En torno a esto nacen varias sugerencias, la primera de enviar una comisión a Roma e informarle al cura romano de estos desmanes, la segunda y más liberal es redactar un texto para que el sumo pontífice acepte sacerdotes casados, la tercera de a Carmen un libro del Kama Sutra.

El jueves santo Nahuel, en pleno centro de la plaza, mata un burro porque éste le impedía el paso con dos conejos, uno de ellos ciego, que llevaba a cuestas. el padre lo excomulga por irrespetar con cacerías los días dedicados a Dios.

Nahuel no le presta atención; a las cinco de la tarde el pueblo sabe sobre la maldición y dan por muerto a Nahuel, nadie se ha salvado de una maldición del sacerdote. Se recuerda de un borrachito que murió de cirrosis, pero los creyentes lo incluyen en las estadísticas para agrandar la leyenda de la maldición.

Siendo las siete de la tarde empiezan a organizar las brigadas de rescate con el fin de salir a buscar el cuerpo del cazador, a las nueve de la once aún no se sabe nada de Nahuel, lo cual

demuestra el poder de la excomunión; lo malo suele tener mucho poder, exponen algunos lugareños.

Transcurre el viernes santo sin noticias ni cuerpo del cazador, las brigadas han regresado extenuadas y con resultados negativos, el sábado santo continúa el bloque de búsqueda, reforzado con políticos locales, fuerzas de seguridad y algunos otros ladrones menores.

Al siguiente año, otro jueves santo, se respira una extraña sensación, la gente percibe la presencia de rarezas y cierto olor a azufre circunda en la región.

Promediando el día aparece alguien vestido con una curiosa piel y con un cerdo encima, nadie cree que se trata del cazador, pero así es la vida, el condenado por el cura se ve más fuerte, joven y decidido a continuar con su oficio; el puerco que trae en hombros lo extrajo de la granja del seminario.

Esa noche no hay fiesta ni agasajos por el regreso del cazador, sólo suposiciones, alguien asegura que no es Nahuel el que ha entrado con el porcino a cuestas, sino el Diablo en persona que viene a vengar la muerte de su hijo; María, la ardiente, expone que para certificar esos comentarios es necesario desvestir al visitante y que ella está en condiciones de provocarlo.

—Comentan que Nahuel tiene dos lunares en el vientre, yo verifico y si es así, entonces desmentimos el comentario de que el diablo nos está visitando.

El viernes santo, en plena misa, el sacerdote desborda los cánones del buen predicar para decirle a los feligreses:

—Ese no es Nahuel, es Satanás. Hoy viernes santo, todos, pero todos debemos rebelarnos contra ese demonio, cuando venga con otro inofensivo animal muerto lo debemos capturar y pasar por la hoguera de purificación, pues no podemos perder a nuestro pueblo ni dejarlo en poder del enemigo. Ese demonio adoptó las mañas de Nahuel y nos está confundiendo.

—Algunos cuando atacan se les ve su debilidad —murmura un borracho.

Así es que se empiezan a organizar los comités para atacar a Lucifer, a fin de no dejarlo regresar al pueblo; se requiere incinerarlo crucificado cabeza abajo, es la proclama general.

—El cazador es un artista, miente con descaro y el arte dice lo que llevas dentro, refleja lo que eres —vuelve a murmurar el borracho.

El sermón de las siete palabras, por la economía de los acontecimientos se reduce a una: matar el mal. Se habla de métodos especiales para cazar al espíritu de las tinieblas; algunos explican que con un Cristo de espaldas hecho en metal poroso, muchos alegan que ya lo han intentado con resultados negativos; unos exponen que es suficiente con bendecir las balas; otros aseguran que siete gatos negros muertos sirven de amuleto; alguien más asevera que es necesario traer una imagen de San Gregorio para atraparlo; un

periodista expone que un espejo es suficiente porque el diablo es narciso y queda extasiado de gloria frente a su propia imagen.

Ya se rumora que será el único pueblo capaz de matar al ángel del mal; varios se imaginan saliendo por la prensa y los más exigentes hablaban de un nuevo evangelio que pondrá en problemas al Apocalipsis bíblico. Lo curioso es que hasta los remedos de ateo creen la proclama.

Mainqué, el escritor, se imagina escribiendo libros sobre el cazador y recibiendo el gran premio de literatura por las publicaciones sobre la vida de Nahuel y la forma como en Kalkan han acabado para siempre con ese ser infernal, perdición de este mundo y vaya uno a saber si de otros mundos desconocidos.

A las nueve de la noche casi todo el pueblo está en silencio, se observan luces de antorchas indicando el paso a seguir; señales acordadas para *coger*, expresión que gusta en Kalkan por su doble sentido, por sorpresa al demonio e incinerarlo. La noche pasa en forma infructuosa sin que lo puedan capturar.

Estos preparativos los siguen haciendo, cada semana santa, por otros siete años, esperando la venida de Satán; pero el diablo que de mañan no anda mal, se reinventa en el día a día, no va a aparecer tan fácil, dice el monaguillo en voz baja, mientras le acomoda la bata a una visitante furtiva.

Por su parte, Mainqué está frustrado por no haber cumplido sus proyectos, el premio literario se tarda por culpa de ese demonio

incumplido que no le ha dado la gran gana de regresar, dejando su libro por la mitad y sin saber qué final darle.

Al quinto año de haber suspendido la búsqueda, otro Jueves Santo, mientras el padre oficia una misa, lo sorprende un infarto cardiaco y al acto muere, mientras por el lado contrario entra el cazador con un chivo al hombro.

Nahuel viene con la firme intención de solicitarle disculpas al padre y retractarse ante toda la feligresía; quiere ganarse el perdón y de una vez por todas saldar las diferencias.

Enterrado el padre con su paranoia, todo el mundo se ocupa del cazador, pasan semanas enteras escuchando sus andanzas.

Del sacerdote se sabe de milagros que lo pueden llevar a la canonización, por ejemplo, algunos, luego de rezarle encuentran sus llaves extraviadas; reencuentran a sus gatos cansados y hambrientos por la lujuria de gatas lejanas; borrachos algo perdidos con invocarlo hallan sus casas o son recogidos por vecinas amables; estudiantes que sin revisar libros le piden ayuda a la hora del examen, de esto no se tienen datos fiables; varios han recuperado sus amantes luego de pedirle al mágico padre ese favor; a otros infieles también les ha concedido el milagro de tener amoríos sin que sus compañeros se enteren; se conoce de gentes resfriadas y con dolor de cabeza que al tomar agua de panela de limón, aspirina y unos rezos dedicados al sacerdote se alivian. Los radicales refieren que son acciones menores, pero los menos drásticos les hacen ver que en cualquier caso son actos sobrenaturales, por tanto, no se puede

ser descortés porque: *A caballo y milagro regalado no se les mira el colmillo.*

Años después son muchas las conversaciones que se realizan alrededor de la historia del cazador, demasiadas son las versiones del como sobrevivió en la montaña; ahora existe un grupo que adora a Mefistófeles teniendo por imagen una foto en blanco y negro del cazador; por supuesto, también existe otro grupo que reza a diario para evitar que el espíritu del mal vaya a poseer al cazador de nuevo; del mismo modo hay una colectividad que a diario hace plegarias al Creador con el fin de que canonicen al padre porque se siguen presentando milagros adicionales como ha sido el que les arreglen el acueducto, compren tres libros de filosofía para la escuela y nombren conductor con licencia legal para la ambulancia del hospital. Están pendientes del mayor prodigio: que los políticos dejen de robar y, por lo visto, este milagro se tomará su tiempo.

Todo los días se levanta el cazador a cumplir su jornada, mientras la santurrona de la Carmen hace el amor con el nuevo alcalde porque no quiere enredarse con los hijos de la iglesia, pero ella, sagaz como ninguna, ya tuvo la precaución de advertirle que por nada del mundo se metiera en la vida del cazador.

—Los mesías producen miedo, que nos libren de todo aquel que quiere salvarnos —Indica Carmen, de nada olvidada, al alcalde.

Algunos escultores, contrarios entre sí, vienen realizando esculturas de sanación y salvación dedicadas al Sacerdote, mientras los restantes esculpen con curiosa gloria al cazador.

La humanidad gusta de ovejas blancas, grises y negras, explica un pueblerino, que no sabe si rezar en espera del milagro que justifique sus creencias, si buscar una amante, si tornarse en cazador o dedicarse a la escultura, porque también aprendió que, a diferencia de las mujeres, los hombres de Kalkan, como los del resto del mundo, sólo pueden hacer una cosa a la vez.



El ciclista

La guerra y el crimen están en el origen de la humanidad, el deporte y la festividad un poco después.

Amaru Aruma desde los siete años practica el ciclismo, la primera vez obedece a un instinto de los imperios, apropiarse de lo ajeno. Está en un pueblo vecino, no pasa transporte para regresar a casa, observa una bicicleta y sin pensarlo dos veces se apodera de la misma emprendiendo la huida; también reconozcamos que mientras un campesino hurta una bicicleta un ciudadano abogado, bancario o político aspira a mayor crimen.

—Es que si la deja abandonada en ese billar, no la necesita o le importa más su juego, en cambio a mí me sirve para ir a la escuela y hasta para ganarme la vuelta a Kalkan.

Así es que al llegar al pueblo le hace cambiar el color rojo liberal por un azul conservador, labor que el pintor acepta muy a gusto pues, al fin y al cabo, cuando un godo roba a un cachiporro tiene cien años de perdón, dice en sus juegos de cartas.

Del pueblo vecino a Kalkan hay una distancia considerable, un buen vehículo tarda hora y cuarenta y cinco minutos, pero el joven la recorre en dos horas y once minutos.

Cuando llega a su casa manifiesta que el pintor le regaló una bicicleta, al preguntarle los motivos para que ese señor hiciera algo así; responde que le patrocinará en la vuelta a Kalkan.

Luego de tomarse un jugo de naranja preparado por su madre, en las mañanas sale a entrenar. Con el transcurso del tiempo acude acompañado por una caravana, el alcalde, el juez, el párroco, el notario, el escritor, un vendedor de productos chinos, un cantante de rancheras, un encantador de serpientes, dos ajedrecistas, un equilibrador de chacras y hasta un filósofo, junto otros desocupados se unen a estas jornadas.

Algunos se entrenan horas y horas como locutores, sueñan con pertenecer a las cadenas radiales más importantes del país para narrar todas y cada una de las hazañas realizadas por Amaru Aruma.

En Kalkan sólo se respira ciclismo, la fiebre por comprar bicicletas está en su punto más interesante del mercado, el pintor se hace distribuidor y en pocas semanas vende unas tres mil bicicletas al doble del precio inicial de compra; hay que promover la salud, intentar que las juventudes hagan deporte, suele explicar cuando le indagan por los costos.

En no menos de cinco meses el pueblo brinda otro aspecto, la alegría por el ciclismo es cercana a la fiebre por la coca o por el fútbol; llegan turistas, empresas patrocinadoras y unos cuantos ladronzuelos aparecen para barrer con los descuidos. El delito más castigado es el robo de bicicletas.

La administración se encuentra ultimando los preparativos para la vuelta a Kalkan, la misma cuenta con 613 participantes clasificados por edades y categorías tanto masculinas como femeninas.

La carrera se divide en seis etapas, todas de alta montaña y, por supuesto, por terrenos destapados, porque a pesar de todo lo sucedido en Kalkan, las vías están sin asfalto porque el dinero girado ha sido robado año tras año; lo profundo del mentir es que en los mapas oficiales toda la región aparece con vías pavimentadas, ciclo vías señalizadas, tres velódromos y seis escuelas de ciclismo.

En la casa de Amaru Aruma hay orgullo y alegría, pues todo apunta a que su hijo será el gran campeón de la vuelta, augurando con ello el devenir como campeón de la vuelta a Colombia y hasta del mismísimo Tour de Francia, carrera que, dicen muchos kalkaneses deslenguados, la suelen ganar los que mejor se dopan.

Las apuestas en la plaza son diez contra uno a favor del ciclista; el notario trabaja hasta las tres de la mañana autenticando documentos de apuestas de todo tipo: dinero en efectivo por lotes en la luna, una casa de lenocinio por una casa con locos, seis senadores por cinco presos, un hospital por un cementerio, un perro cazador por 50 gallinas, un burro por una vaca que no da leche, un cerdo de baja estatura por dos gallos de pelea, tres bicicletas sin ruedas por una mesa de billar sin bandas, cuatro pieles de oveja por un reloj suizo que ya no da la hora, dos radios sin sonido por un fonógrafo sin discos, dos biblias antiguas por cuatro cajas de aguardiente, *El Corán*

original por las *Mil y una noches*, dos libros de García Márquez por ropa íntima de una reconocida actriz, una cama por una trilladora de café, una mujer de 40 años por dos de 20, un señor de 45 por un perro labrador, un gato por una maleta, tres juegos de cartas españolas por un tejo, un ajedrez sin rey negro por una parqués sin dados y en fin, toda una serie de apuestas impensadas.

A las nueve de la mañana, salen las mujeres, luego la categoría “H” y así sucesivamente con media hora de diferencia para que la categoría “A” parta a las dos de la tarde.

Siendo la una y cincuenta y ocho, o sea, faltando dos minutos para iniciar la competencia donde participa Amaru, arriba un fiscal, un pelotón de soldados y siete agentes pelotudos de policía para detener al peligroso ciclista e incautarle el caballo de acero.

Luego de diez meses y quince días de una indagación exhaustiva, en la cual participan todas las agencias investigativas del Estado y con ayuda del FBI y la CIA logran reconocer la bicicleta, junto al ladroncillo.

La salida de la categoría “A” tarda casi una hora, pero fue infructuoso lograr que el fiscal le diera libertad condicional al jovencito ladrón de bicicletas; por el contrario, ordena el traslado del ciclista a un centro de rehabilitación para menores, porque la cárcel del pueblo es el centro de especialización para los políticos.

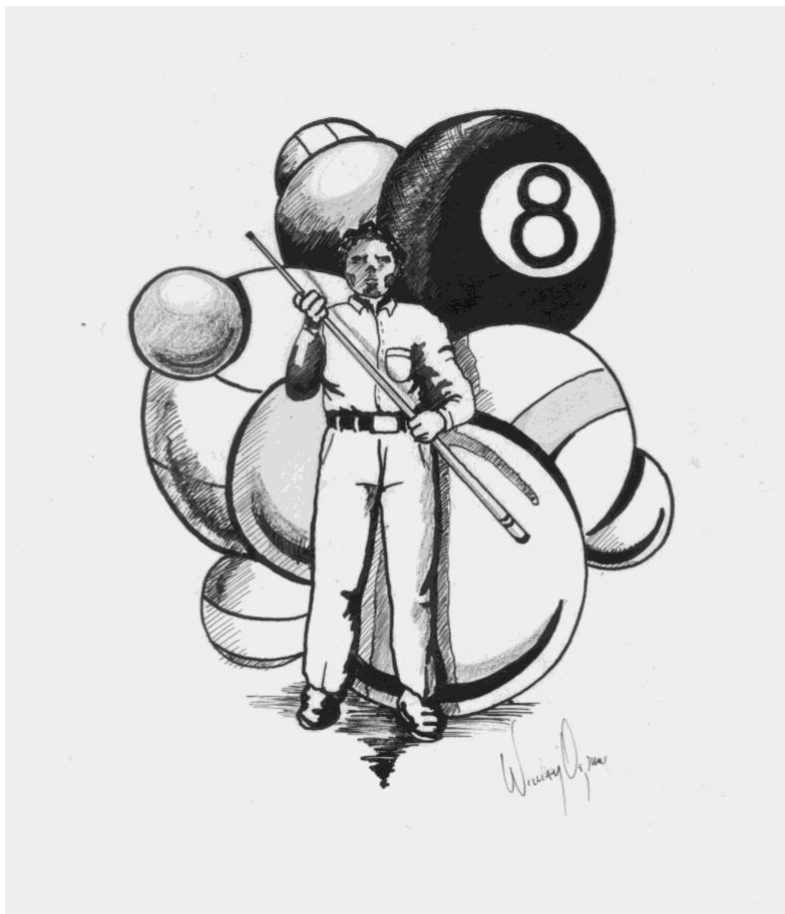
La competencia se realiza sin Amaru Aruma; por fortuna hay acuerdos entre los apostadores para no cobrar los montos de las apuestas, dejan todo como antes con el fin de evitar disputas o el surgimiento de otros certámenes extraños para llevar a cabo las apuestas fallidas.

La vida de Kalkan vuelve a su normalidad, ya que el joven debe pasar tres años en el centro de rehabilitación; medrando esta decisión en el ciclismo local y socavando la ilusión de los habitantes kakaneses de ver a su ídolo consiguiendo títulos a nivel internacional.

—Porque una vez más se confirma que todo lo del pobre es robado, hasta sus ilusiones. Y aunque no lo reconozcamos, aquí se comportan como personas que lo quieren todo al mismo tiempo y sin condiciones —grita una joven.

Frente a esta desilusión se viene promoviendo un acto público de convertir a Kalkan en la capital mundial del chisme, los rivales que encuentran son Washington, Buenos Aires, Nueva Deli, Londres, París y Macondo, pero están seguros que podrán superar a estas ciudades con o sin campeones de ciclismo.

En Kalkan se confirma, una vez más, que la guerra y el crimen están en el origen de la humanidad, el deporte y la festividad un poco después.



Quichi

De algunas respuestas es mejor no conocer las preguntas.

De algunos preguntones es mejor saber poco.

Quichi Aruma que suele dudar de las respuestas, desde sus seis años asiste al billar del pueblo para ver a su padre, quien todas las tardes participa en alguna apuesta, bien con su hermano Pedro, el dueño de los gatos eróticos que, por fortuna, aún viven para la felicidad del pueblo, o con otros amigos y compañeros de andanzas.

Como último recurso acompaña a su padre para no tener que aprenderse la perfección de las matemáticas, la exquisitez de los dioses, la fragilidad de las reglas ortográficas, las bondades de los banqueros, las verdades de los profesores y las mentiras de la historia.

Al iniciar los estudios secundarios, le imponen la cláusula de asistir a todas las clases, porque para esa época ya se sabe de sus aficiones al billar, por lo tanto, presionan a la familia para garantizar la asistencia del joven al colegio.

El primer año de bachillerato lo aprueba con buenas apostillas, pues sólo acude al billar los fines de semana; cuando cursa el segundo año se bachillerato, a su padre lo aqueja una

enfermedad respiratoria y, como Dios dispone y el diablo escoge, en menos de seis semanas la parca le cura sus dolencias.

A partir de aquel momento vuelve Quichi a su libertinaje, se indisciplina, acciones que le cuestan la expulsión del colegio, no atiende a su madre ni a ninguno de los familiares que lo aconsejan; por más intentos que ella hace para convencer al rector de variar su decisión, la respuesta es brutal como la academia:

—Envíe a ese vago al ejército, allí si lo disciplinan o, por el contrario, consígale una escuela de billar, porque lo que soy yo y los profesores no vamos a perder más tiempo con un pelafustán que nadie controla.

A decir verdad es infructuosa cualquier diligencia para corregir a Quichi. Transcurren cinco años soportando la llegada tarde a casa, con la ropa rayada de tiza y con olor a licor. Ciertamente es que no se trata de un as del billar sino de un jugador ramplón que se pone iracundo cuando pierde una partida y celebra con mucho ruido las victorias.

Aquella vida libertina, desenfocada e irresponsable tiene a su madre Asunción al borde de un manicomio; las cuentas de cobro por apuestas perdidas que ella debe pagar las asume con profunda tristeza.

Asunción quiere que su hijo preste el servicio militar, pero el comandante del batallón no acepta:

—Conozco muy bien a su hijo y a ese muchacho le queda grande el ejército, además ya está aprendiendo a jugar bien al billar, ayer me ganó una partida y para su infortunio mi querida señora —sonríe el desinteresado comandante—, apostamos que si perdía se iría al ejército, pero si él ganaba, yo quedaba con la obligación de ayudarle a conseguir su libreta militar y, como yo soy el comandante, y el ejército no puede quedar mal ante la ciudadanía, le conseguiré la libreta. No olvide mi señora que las apuestas de juego son deudas de honor que se deben pagar, así es madrecita, que su hijo ya ganó su primera gran apuesta y lo mejor que usted puede hacer es apoyarlo en este hermoso y atractivo deporte; el honorable ejército apenas está considerando la idea de abrir una brigada para potenciar el billar y el tejo como deportes nacionales.

Concluida la explicación, Asunción, bañada en lágrimas, escapa con la esperanza de encontrar al párroco para que le colabore. Se dirige al billar, recoge a su hijo y sale decidida a convertirlo en seminarista, pues al fin de cuentas, dice para sí, ser sacerdote es la salvación, es la revelación del supremo.

El cura escucha todas las exposiciones de la afligida madre y decide conversar con Quichi, pero el asunto no va bien:

—Por favor, llévese a su hijo amigo del demonio, que no lo convence ni el putas y póngalo a jugar billar, después el Divino Creador le cobrará todas juntas —reitera el sacerdote poseso de una ira santa.

—Haz lo que quieras en el billar, excepto apostar la casa y a tu madre, es lo único que te puedo pedir por amor a Dios —le grita su madre.

Quichi sale alegre y sin pensarlo dos veces, se traslada al billar para entrenar con uno de sus amigos, antes de jugar una partida crucial que tendría con el alcalde de Kalkan.

Ya el pueblo sabe sobre aquel juego, tanto así que la mesa de billar se instala, por orden del alcalde, cerca al río del pueblo para que los acudientes y curiosos se refresquen bañándose cuando lo deseen.

La apuesta de lo más trivial, si Quichi gana el torneo de billar es el nuevo secretario de gobierno, debido a que el titular murió tres semanas atrás y nadie quiere reemplazarlo; pero sí pierde, debe regresar a estudiar y participar en campañas cívicas.

La partida de billar se pacta a 933 carambolas, números extraños que seducen a los kalkaneses, figuran como árbitros el párroco, el comandante del ejército, el juez de paz, como si la paz requiriera de jueces, y el rector del colegio.

Las apuestas están divididas, algunos creen que Quichi ganará por su juventud, pero otros apuestan por el alcalde porque tiene muchos años y sabido es que “Más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

Los aficionados al billar y los no aficionados presupuestan ver la mejor partida de la vida, los simpatizantes del alcalde son todos los conservadores, por su parte, Quichi cuenta con su

madre a medias, algunos de la familia Aruma y, por supuesto, con los liberales.

El juego está programado para iniciarse a la una de la tarde, pero una lluvia que dura cinco horas, hace aplazar la partida para el día siguiente, eso sí sin cambio de horario.

Durante esa noche le dan altas fiebres al alcalde, motivo por el cual es trasladado al hospital, allí casi lo terminan de matar con sueros vencidos, hecho más que razonable para aplazar el encuentro por segunda ocasión.

El viernes del siguiente mes, de nuevo vuelven a ubicar la mesa en la ribera del río, no lejana a la estatua del caballo y al monumento a los fundadores.

Por su parte, Mainqué ha recompuesto sus apuntes y sólo espera el resultado final para escribir un libro, con el cual aspira a participar en un concurso de cuentos a nivel nacional a celebrarse en una importante ciudad del país; pero al pueblo le interesaba más el juego de billar que los libros de Mainqué que, casi siempre, quedan incompletos o el final corresponde a la verdad y en Kalkan, pueblo de chismes, gustan de historias mentidas no de verdades, por eso leen a García Márquez, el Génesis, el Apocalipsis bíblico, El Corán y a Julio Verne.

La partida se inicia a la una de la tarde, la mesa está rodeada y custodiada por agentes del orden bien uniformados y con estudios universitarios quienes evitan cualquier incomodidad para los jugadores.

El discurso más sonado viene del líder de los conservadores:

—Hoy, el partido conservador, una vez más, pone a prueba la idoneidad de nuestros copartidarios, señor alcalde todos estamos con usted y que viva el partido de la iglesia católica, apostólica y romana.

Luego, el padre bendice a los participantes, aplica menos agua bendita para el billarista, dejando a Dios como máximo observador e intermediador ante cualquier eventualidad. Suena el aburrido Himno de Colombia y otros ritmos pesados patrios para conmemorar histerias y linderos de guerras.

Siendo las dos de la tarde el alcalde lleva 75 carambolas y Quichi 69. A las tres de la tarde el alcalde tiene 161 carambolas por 144 de Quichi, la diferencia empieza a ser notable.

A las cuatro de la tarde, el alcalde cuenta con 233 y Quichi 210, es decir la diferencia de 23 carambolas hacen presagiar la victoria del alcalde.

El certamen se suspende a las cinco de la tarde, tiempo suficiente para que el alumbrado funcione y para que los jugadores tomen el descanso necesario; en ese lapso, el público tiene tiempo bañarse en el río, ir al orinal, tomarse algún tinto y, en fin, rehacer sus apuestas.

A las ocho y treinta de la noche se reinicia. Dos horas después el alcalde tiene 648 y Quichi 643 la diferencia ha disminuido en forma notable. Cuando son las tres y media de la mañana el pueblo cuenta con nuevo secretario de gobierno.

—Y todo gracias al maricón del alcalde que pierde la partida, le falta casta —dice enojado el rector del colegio.

—Los kalkaneses tienen el mal de su país, son incapaces de llevar hasta la noche las promesas de la mañana —grita un enardecido filósofo de pueblo.

—Eso se sabía que —destaca Tayel Aruma—, mi sobrino derrotaría al burromaestre, hoy es otro día para que la familia Aruma festeje.

Por su parte, los liberales hacen una caravana en el pueblo, “se hacen acompañar por cuanto perro y gato les sonríe”, indica una voz cercana, al fin de cuentas, y luego de cinco años, vuelven a tener un representante de su partido en el gobierno municipal.

La familia efectúa una fiesta a la altura de un secretario de gobierno, la madre agradece los diferentes consejos dados por el comandante del ejército, por el párroco y por los profesores del centro educativo.

Comentarios como estos se escuchan durante la fiesta:

—Gracias a las virtudes del billarista y a la suerte de no ir a estudiar hoy tenemos nuevo secretario de gobierno municipal. Abajo el estudio gritan algunos ebrios.

—¿Estudiar para qué? Los que mejor viven son los futbolistas, los cantantes populares y los políticos, a estos poco les atrae la academia, por algo será —refuta el profesor de historia.

¡Que viva el secretario de gobierno!, es lo que continuamente se vocifera; un invitado expone que en muy poco tiempo Quichi Aruma será alcalde de Kalkan jugando billar.

Otros son más audaces al asegurar:

—Será senador de la república, porque para ser congresista se requiere ser mentiroso, estafador, excelente ladrón y contar con buena suerte y Quichi Aruma es un mentiroso con bastante suerte y el oficio de estafar y robar lo aprenderá fácilmente cuando sea parlamentario.

En el país, que se alimenta de sangre de sus gentes, se empieza a tomar el modelo de Kalkan; piensan que se eligen mejores representantes al gobierno jugando al billar o apostando que haciendo elecciones ¿democráticas?, porque en las democracias heredadas siempre ganan los hijos de los elegidos, en ese sentido, es la dictadura de los nuevos imperios. De algunas preguntas es mejor no conocer las respuestas, de algunos políticos, para esta libre de posibles infartos, es mejor saber poco.



El maestro

Es tan extraño que aparece
cuando no se le espera y cuando
se le espera no llega.

Al aumentar las opciones se multiplican las complicaciones, eso lo sabe con claridad el maestro. Se encuentran los alumnos esperando recibir la orden de entrada a clase; es el primer día y el desorden en el establecimiento educativo es total, polvo, mugre y toda cantidad de anarquías acumuladas de dos meses de vacaciones y diversión.

El nuevo año escolar se inicia lleno de esperanzas para unos y con bastantes interrogantes para otros, pero tiene un sabor especial para los maestros, pues en mucho tiempo es ese el primer año que el gobierno central ha pagado los salarios a los docentes en forma oportuna y, extendido de mangas, ha prometido un alza de sueldos con índices superiores a los de todas las épocas; además les ha posibilitado a los que llevan 29 años de servicio en la docencia la consecución de vivienda con préstamos blandos pagaderos en 50 años, hecho que en toda la vida educativa del país no se había presentado.

—Así uno tarde 90 años para tener casa propia y se muera de viejo al otro día de recibirla, el gobierno muestra que está progresando, algo es algo —dice el único maestro que sale beneficiado del programa “casas para todos”.

Kalén Aruma, hermano de Tayel, aquel abogado propietario del desaparecido caballo “Rayo”, se dedica a la docencia desde el momento en que concluye sus estudios universitarios en Grecia; cuando regresa a Colombia es enviado a desempeñarse como profesor en un instituto de educación secundaria en Kalkan. Kalén es de los que convencen sin vencer, triunfan sin humillar y ríen sin ofender.

Desde su llegada en el Colegio “Juan XXIII”, todo ha transcurrido con una normalidad rocosa para Kalén, no tiene proyecciones especiales, no piensa hacer el préstamo que el gobierno ofrece para morirse pagando un rancho y prefiere dedicarse a sus clases de filosofía griega, a preparar jóvenes en las lides del teatro, del ajedrez y a despertar inquietudes por las artes liberales.

Es de esos hombres contradictorios que hablan de libertad, pero se casan; que hablan de perdón y odian a las religiones; que hablan de ateísmo y le rezan a un dios cualquiera por sí acaso; que hablan de identidad y se sienten orgullosos de no ser idéntico a nadie, que exigen creatividad y se repiten en el día a día.

Contrae nupcias recién egresado de la universidad con una joven de la capital que le recuerda su única novia de Atenas; pero muy pronto los celos de Rocío se hacen presente, lo encierra y lo golpea cada que sospecha de alguna actitud erótica de Kalén.

Iniciadas las clases no tarda mucho para que los alumnos detecten una compañera nueva en el colegio; aparece una

chiquilla de diecinueve años, alta, de cabellos negros, ojos color miel y tez trigueña. Proviene de la capital para realizar el quinto año de bachillerato, parece un poco vieja para terminar su bachiller, susurra un primo de la joven.

De inmediato se convierte en la admiración, el esplendor del grupo. Kalén al verla queda atraído, pero de inmediato reacciona pensando que ella es muy joven. El primer mes transcurre un poco agitado para el maestro, siempre le asalta la idea de Suyay Wara la nueva estudiante, ya ha demostrado que no sólo es de cabellos largos, sino que sus capacidades académicas van un poco más allá de lo corriente del estudiantado kalkanés que es ligero de ideas y pesado en acciones.

La segunda parte del año se inicia luego de veinte días de vacaciones que fueron densas por una obsesión nunca antes vivida por el maestro y por las críticas del gobierno al compromiso docente “No están enseñando la historia, la vienen tergiversando al informar con ironía que el presidente es hijo de otro presidente, sin darse cuenta que no habían mejores candidatos para dirigir este país”, es el comunicado oficial.

El reencuentro le ocasiona más sobresaltos a Kalén y al finalizar el mes le dan altas fiebres, su señora trata de controlarlas con medicamentos caseros, presume que son calenturas amorosas porque las mujeres tenemos un sensor a la infidelidad masculina, suele explicar ella a sus amigas.

Para distraerse, Kalén decide trabajar con el estudiantado una obra de teatro, donde Suyay insiste para participar en la escenificación.

Los ensayos transcurren con severos sobresaltos para el maestro, Kalén parece estar llegando al delirio de un sufrimiento en silencio.

Para comprobar la apropiación de los conocimientos, efectúa un examen, en donde, excepto Suyay, los demás obtienen bajas calificaciones. Es lo normal en un colegio donde la mayoría de los estudiantes son hijos de políticos y profesores, explica para sí el profesor al ver los resultados.

En la valoración del examen el pedagogo le coloca al final de la hoja firmada por la joven ¡Felicitaciones! Al siguiente examen la joven le responde “¡Gracias!” y así se estipula que en las clases de Kalén siempre se realicen pruebas escritas, capricho que nunca antes se le conoció.

En uno de los exámenes le escribe “La hermosura que tienes no es para los hombres”. En el siguiente ella responde “Mi hermosura no es para un género en particular”.

Cuando el año escolar está por concluir y se preparan para despedirse, Kalén decide llamar a la joven para comentarle todo el amor que por ella siente; en principio hay silencio ante las palabras que salen de los labios de Kalén y que cruzan los oídos de la joven.

Ella le responde que hace un tiempo viene sintiendo lo mismo por él, se pierden en un beso profundo, sensual y conmovedor, hay lágrimas de despedida.

Al año siguiente se reinician clases con los mismos alumnos, con el profesor de filosofía pendiente de Suyay y sus miradas de

lujuria. Ellos se entrelazan en un romance, vivido con la intensidad de los amantes que están convencidos de su fidelidad.

Lo que no saben es que Rocío se ha enterado de todo y viene preparando su venganza de una manera metódica, a manera de los imperios, la cual no tendrá errores en su ejecución: ambos, Kalén y Suyay deben morir.

<<Rocío despierta sobresaltada, mira una fotografía donde sale electa reina, ve al maestro entregándole el galardón, sonríe pues no ha sido celosa, no ha peleado con mujeres por el amor de un hombre, nunca ha encerrado ni golpeado a su esposo y sabe que a sus 29 años todo lo ha ganado; en esos instantes entra Kalén retozando de alegría y sin pensarlo dos veces la abraza y con la delicadeza de siempre la despoja de ropas. Ella sabe de buena fuente que los sufrimientos se hacen soportables si los llevamos a una historia o si relatamos una historia sobre ellos. Ambos funden los cuerpos para que Rocío tuviera la certeza de que esos horribles sueños no se repetirían>>.

Después de dos días de estar redactando este cuento, Mainqué “El escritor”, se levanta, lanza el lápiz contra la pared, parte la mesa, riega el café, arroja los escritos a la basura y dice con un enojo incontrolable.

—No podré participar en el concurso, no tengo tiempo y estos finales mal resueltos son los que no me han permitido ganarme el reconocimiento mundial. —Sale al patio, recibe aire fresco y con voz queda, susurra—, escribiré otro cuento y ganaré el

siguiente concurso local para acallar a tantas lenguas flojas que no creen en los ingenios de un escritor de mi talla. Los escritores somos superiores a la sociedad, a los ramplones que circulan las calles y a los profesores de aula que se la pasan traficando con saberes ajenos y luchando contra la juventud.

En ese momento, los rituales orgiásticos se inician en Kalkan, al cabo que Mainqué de tanto quejarse de los demás y de su suerte se va enterando que la genialidad, libertaria en exceso, es tan extraña que aparece cuando no se le espera y cuando se le espera no llega.



Miguel Alberto González González. Libros de ensayos: Horizontes Humanos (2008); Umbrales de indolencia (2010); Resistir en la esperanza (2011); Tiempos intoxicados en sociedades agendadas (2015); Aprender a vivir juntos (2016). Libros de cuentos: Analectas de la caverna (2004); Un preludio de sorderas (2016). Amores prohibidos en kalkan (2017).

Amores prohibidos en Kalkan. En el pueblo creado Kalkan –al estilo Yoknapatawpha de Faulkner y Macondo de Gabo-, se suceden las estridencias propias de un lugar imaginado, pero con resonancias e implicaciones mundiales, en la dialéctica local-universal. El estilo del libro es limpio, y hace evocar, a la pluma de García Márquez, cuando escribe “En este pueblo no hay ladrones” es fresco, sencillo y cala en la imaginación. Kalkan permite adivinar a cualquier lugar del planeta, son historias casi cotidianas, cargadas de filosofía y humor. Ciertos acontecimientos resaltan el trabajo del escritor por hacer de su obra literaria el ingenio para mostrar una forma de pensar y de ser, un rostro de época. Hacernos reír para luego interesarnos por las grandes preguntas económicas, jurídicas, religiosas, éticas, amorosas y filosóficas que la humanidad parece estar olvidando es el estilo que inaugura Miguel.

ISBN 9781717750730



9 781717 750730

90000

